



Historia de dos ciudades

Ronald Colman
Elizabeth Allan

ediciones
bistagne

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARTO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 16841-Barcelona

HISTORIA DE DOS CIUDADES

Maravillosa producción, de éxito triunfal

Adaptación cinematográfica de la célebre
novela de CARLOS DICKENS

Dirección de
JACK CONWAY

Es un film de la prestigiosa firma
Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por
Metro-Goldwyn-Mayer

Ibérica, S. A.
Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

15 Julio 1936

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

RONALD COLMAN
ELIZABETH ALLAN
EDNA MAY OLIVER
REGINALD OWEN
BASIL RATHBONE
BLANCHE YURKA
HENRY B. WALTHALL
DONALD WOODS
Claude Gillingwater
Walter Catlett
H. B. Warner
Fritz Leiber
Lucille La Verne
Mitchell Lewis
Isabel Jewell
Tully Marshall
Billy Bevan
E. E. Clive
Robert Warwick
Eily Malyon
Lawrence Grant
Ralf Harolde

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Historia de dos ciudades

Argumento de la película

RESUCITADO

Una noche de noviembre del año 1784, ascendía lentamente la colina de Shooter, en el camino de Londres a Dover, una diligencia desvencijada y traqueteante. Los pasajeros se habían visto obligados a descender del carruaje y avanzaban ahora al lado del vehículo, no ciertamente movidos por el deseo de hacer ejercicio, sino porque la subida de aquella cuesta se hacía tan sumamente difícil, que los caballos habían manifestado varias veces su abierto propósito de no seguir adelante, y hasta de volverse atrás. Sólo el látigo del cochero había logrado hacerles capitular, pero tan a regañadientes, que se hacía muy difícil adivinar a qué hora llegarían a lo alto de la colina. Las riendas, la fusta, el pos-

tillón y el cochero, puestos de acuerdo, trabajaban sin cesar, con el objeto de estimular a los nobles brutos y demostrarles la inutilidad de su protesta. Los caballos procuraban abrirse paso entre los mares de espeso barro que cubrían el camino, luchando también con la niebla que cubría todas las hondonadas y se deslizaba pegada a tierra, pegajosa y fría, y lo suficiente densa para no permitir ver a la escasa distancia de dos metros.

—¡Arriba, perezosos! ¡Un tironcito más y llegamos a lo alto de esta maldita colina!—decía el animoso cochero, haciendo restallar el látigo.

Se dirigió al guarda, que empujaba el coche desde atrás, y le preguntó con acento malhumorado:

—¿Qué hora crees que será?

—Por lo menos son las once...

—¡Las once! ¡Las once y todavía no estamos en la cresta de Shooter!... ¡Vamos! ¡Arre! ¡Aprisa, gandules!

Fustigó de nuevo los caballos, que animados por el latigazo y ofendidos por el denigrante calificativo que acababa de otorgarles el cochero, hicieron un supremo esfuerzo y lograron arrancar de nuevo, subiendo con decisión la rampa. La diligencia continuó dando tumbos, seguida siempre por los viajeros a pie, que apresuraron también el paso, como si temieran perder de vista el coche, entre la densa neblina que lo envolvía todo.

De pronto, se oyó el galope de un caballo que se acercaba. Los pasajeros se detuvieron y se agruparon instintivamente, el cochero hizo parar los caballos y sacó un arcabuz. Todo aquel lujo de precauciones por el galopar de un caballo, habría podido parecer excesivo a quien ignorase que por aquellos tiempos las diligencias solían ser, con aterradora frecuencia, víctimas de los ataques de los bandoleros.

—Me parece que este caballo se acerca a trote—insinuó el cochero.

—A mí me parece que viene a galope—arguyó Joe, el guarda.

Y volviéndose a los asustados

viajeros, les dijo con acento solemne:

—¡Caballeros, favor al Rey y a la Justicia!...

Y mientras lanzaba este llamamiento, el cochero se aprestó a la defensa, empuñando su arcabuz.

En torno a la diligencia, con la consiguiente cesación del rodar del vehículo, y el estupor de la espera, se hizo un silencio solemne, interrumpido tan sólo por el galopar del caballo que se acercaba, cuyos cascos que subían la rampa a galope furioso, retumbaban en el silencio de la noche.

—¡Alto!—rugió el guarda con voz atronadora—. ¡Alto, o hago fuego!...

Pero el desenfrenado galopar del caballo no cesó todavía. El enemigo, invisible a causa de la niebla, seguía su camino. Los viajeros de la diligencia, estaban francamente asustados. Latían con fuerza sus corazones, pensando en la triste suerte que tal vez les esperaba en manos del bandido embozado, que sin duda alguna iba a aparecer de un momento a otro ante sus asustados ojos. Hacían renuncia anticipada de todo el dinero y todo el equipaje que llevaban con tal de salvar el pellejo, y se hacían "in mente" el propósito de no volver a subir jamás, ni a pie, ni

a caballo aquella endiablada colina de Shooter. Joe, el guarda, y el cochero de la infortunada diligencia, esperaban impasibles, con los arcabuces dispuestos a disparar, para defender la vida y los bienes de aquellos viajeros que habían sido confiados a su cuidado.

Sólo cuando se hallaba a la distancia de un metro escasamente de la diligencia, pudieron los hombres de ésta, descubrir la figura del enemigo. El misterioso jinete, que con su indeseada presencia venía a sembrar la inquietud y el desasosiego entre aquel pacífico grupo de hombres, iba, en efecto, embozado hasta los ojos, pero su actitud no parecía en verdad, demasiado agresiva. Desmontó de su caballo, y dirigiéndose hacia el grupo, inquirió:

—¿La diligencia de Dover? ¿Es ésta la diligencia de Dover?

Los pasajeros se miraron unos a otros sorprendidos. ¿Qué podía importarle al bandido que aquella diligencia fuera la de Dover o cualquier otra? Joe fué el encargado de contestarle:

—Antes de responder a su pregunta, ¿podría usted decirnos quiénes?

—Soy mensajero del Banco de Tellson y quiero hablar con el señor Jarvis Lorry, que viaja en la

diligencia de Londres a Dover. Tengo un recado urgente para él.

Uno de los pasajeros separóse inmediatamente del grupo y avanzó hacia el recién llegado.

—Yo soy el hombre que usted busca. ¿Es usted Jerry Cruncher?

—Sí, señor Lorry—replicó el jinete, dando algunos pasos hacia el grupo.

Pero allí estaba el valiente Joe para impedírselo. Le apuntó su arcabuz y con ademanes poco tranquilizadores, conminó:

—¡No dé un paso más! ¡Quédese donde está si en algo estima su pellejo! A veces el demonio me mueve los dedos y hace escupir plomo a mi arcabuz sin que yo pueda evitarlo.

El pasajero que había avanzado al encuentro del recién llegado, salió en defensa de éste.

—Está bien, guarda. Respondo de este sujeto.

—Entonces acérquese más a él, y hablen de lo que ustedes gusten, pero sin avanzar ni un paso. Estamos obligados a desconfiar de todo el mundo.

El señor Lorry sonrió. Era un hombre de avanzada edad, de rostro rojo y abotargado, pero de expresión dulce. Obedeciendo las órdenes de Joe fué al encuentro del

presunto *bandido* y bajando la voz con aire misterioso, le preguntó:

—¿Cuál es el recado, Jerry?

—El recado es que espere usted a la dama en la Hostería Real.

—¡Oh! Esto significa que ha llegado ya a Dover—murmuró el señor Lorry entre dientes—. Está bien, Jerry. Conteste a la oficina con estas palabras: “Vuelto a la vida”.

Jerry Cruncher se inclinó en señal de asentimiento. En seguida regresó al lugar donde había dejado su caballo, mientras Larry, por su parte, volvía a la diligencia. El cochero, el guarda y los pasajeros, que habían estado contemplando la escena en silencio, empezaron a dudar de los propósitos malévolos del recién llegado, y cuando le vieron montar a su cabalgadura y alejarse a galope por la carretera, decidieron convencerse de que el extraño visitante era una buena persona y que el plomo que atesoraba el arma de Joe podía quedarse en su sitio.

Una hora después, el señor Jarvis Lorry se hallaba sentado en una mesa cerca de la lumbre, en la Hostería Real, en Dover. Se había hecho traer una ración de pescado y estaba comiéndolo con buen apetito y con grandes precauciones para evitar el tragarse una espina in-

oportuna, cuando se le acercó el mozo anunciándole:

—Señor. La dama que usted esperaba, la señorita Manette, está en la hostería.

Y mientras decía esto hizo una mueca maliciosa. Lorry le miró con aire amostazado y se creyó obligado a hacer una aclaración.

—Tengo que hablar con ella acerca de... negocios.

—Por supuesto—asintió el mozo, sonriendo socarronamente.

—Soy un alto empleado del Banco de Tellson, en Londres, y no acostumbro hablar de otra cosa que de negocios—insistió Lorry subrayando las últimas palabras, exasperado por la socarronería de aquel imbécil.

Despachó rápidamente el resto de la comida y abandonó el comedor, subiendo las crujientes escaleras que conducían a las habitaciones de los huéspedes. Se detuvo ante una puerta del segundo piso y dió unos golpecitos en ella con los nudillos. Una voz femenina respondió desde dentro:

—¡Adelante!

Jarvis Lorry entró. Un ambiente sombrío envolvía aquel cuarto oscuro, iluminado solamente por la macilenta luz de dos bujías. De pie en el centro de la habitación había una joven de unos diez y nue-

ve años, alta, rubia, de ojos intensamente azules, bella, con una belleza fina, delicada y exquisita. Cierta sello inconfundible que emanaba de su persona, revelaba su origen francés, a pesar del oro de sus cabellos y el azul de los ojos, que, a primera vista, pudieran hacerle parecer inglesa. Sonrió al recién llegado, y tendiéndole una de sus manos, inquirió:

—Usted dirá, señor...

Jarvis Lorry besó aquella fina mano que se le tendía, y su condición de hombre de negocios no le impidió hacer aquel gesto como el más cumplido caballero.

—Señorita, permítame presentarme. Me llamo Jarvis Lorry, del Banco de Tellson, y desde este momento, su más humilde servidor.

—He recibido una carta del Banco—repuso la joven, sentándose e invitando a Lorry con el ademán, a sentarse frente a ella—. En esta carta se me comunica que se ha descubierto... o comprobado...

—Sí... correcto, señorita Manette. No importa la palabra...

Se detuvo al ver que los hermosos ojos azules de la joven estaban fijos en él con expresión escudriñadora.

—Dígame, señor Lorry. ¿Es esta la primera vez que tengo el gusto de verle? Es extraño, pero jura-

ría que su rostro no me es enteramente desconocido.

—Señorita Manette—contestó él evasivamente—. Soy hombre de negocios y le ruego no ponga más atención en mí que si fuera una máquina parlante.

Al oír aquella ocurrencia, la joven no pudo contener una carcajada.

—¡Si usted se empeña!—aceptó—. Sin embargo, yo juraría que le conozco a usted. Sí, sí. Estoy segura de que le conozco.

Ante aquella insistencia, la “máquina parlante” decidió humanizarse un poco para decirle:

—Está usted en lo cierto, señorita. Y a fe que tiene usted una memoria prodigiosa. Me conocí usted cuando era usted pequeña, tan pequeña que apenas si levantaba dos palmos del suelo. Yo efectué los arreglos necesarios para traerla a Inglaterra en compañía de su madre.

—¡Eso fué hace muchísimos años!

—Bastantes, sí, pero no muchos. Aunque usted era entonces una niña no ha transcurrido demasiado tiempo. ¡Es usted todavía tan joven!

Lucía Manette sonrió al oír el delicado cumplido de un caballero

que se jactaba de ser solamente un hombre de negocios.

—Los años transcurridos no han logrado hacerme olvidar su rostro, eso es todo—repuso dulcemente—. Ahora, señor Lorry, dígame usted a qué obedece su visita.

—El asunto que me ocupa ahora se refiere a su padre, el doctor Manette.

Lucía palideció. Un relámpago de tristeza enturbió la mirada de sus ojos hermosísimos. Bajó la cabeza y...

—¿Lo conoció usted antes de morir?—murmuró.

—¿Eh? ¡Sí!.... Quiero decir que era cliente del Banco de Tellson y Compañía en París. Yo represento a ese Banco y...

Se detuvo, miró a la joven y permaneció unos instantes en silencio, como si no se atreviese a seguir adelante. Lucía, al notar su vacilación, le preguntó con extrañeza:

—Señor Lorry, ¿qué deseaba usted decirme?

—Quiero decirle que en todo lo que concierne a asuntos pecuniarios, se halla usted bajo la tutela de Tellson y Compañía, es decir, bajo mi tutela. Yo siempre me he ocupado de sus asuntos, señorita Manette. Ahora bien. Supongamos que su padre... bueno... que su padre no hubiera muerto...

—Que mi padre... ¿qué quiere usted decir con eso, señor Lorry?

—No se asuste usted, niña mía. Cállese. No me mire de este modo —arguyó el bueno de Jarvis, asustado al ver la expresión de estupor que se pintó en el rostro de la joven—. He querido decir que... a veces... En fin, suponiendo que su padre en lugar de morir hubiera desaparecido misteriosamente si un enemigo le hubiera hecho encarcelar, se le hubiera dado por muerto sin estarlo.

No pudo continuar. Lucía se había levantado y se erguía ante él con los ojos muy abiertos, mirándole con expresión anhelante.

—¡Señor Lorry, usted sabe algo, usted sabe algo terrible! —balbuceó...

Cayó de rodillas a los pies de aquel hombre de negocios que nunca, en su larga y accidentada vida se había visto en trance semejante. El pobre señor Jarvis se asustó grandemente. Habría preferido cualquier cosa, menos ver aquella mujer joven y delicada a sus pies, juntando las manos en actitud de súplica, como si en lugar de hallarse ante el honrado empleado de la casa de Banco Tellson y Compañía, estuviese implorando ante un tirano. Fué él quien, a su vez, le

tendió los brazos en actitud suplicante, para decirle:

—¡Por Dios, señorita! No se arrodele usted. ¿Por qué hace usted eso?

—Porque he descubierto en sus palabras que usted ha venido aquí para revelarme algo, algo muy grave... Para implorarlo que me diga usted la verdad, toda la verdad, en seguida... ¿Es que acaso mi padre?...

—Sí, pobre niña, sí. Su padre vive.

—¿Es posible? ¿Cómo hemos podido creerle muerto durante tanto tiempo? ¿Cómo mi corazón de hija no me ha dicho que vive, vive todavía? No, no, no puede ser cierto eso que usted dice, no...

—Señorita Lucía. Ha de procurar hacerse fuerte. Es verdad que su padre vive todavía, pero, desgraciadamente, es sólo una sombra de lo que fué. No en balde ha sido durante diez y ocho años víctima de la injusticia de los hombres. ¡Pobre niña! ¡Pobre señorita Manette! Ya sabía yo que iba a producirle una impresión extraordinaria. Por eso me resistía a aceptar esta comisión, penosa y agradable al mismo tiempo. Ahora que lo más difícil ha pasado, le prometo que verá usted a su padre, lo verá usted pronto, muy pronto. Un pequeño viaje por

mar y pisaremos el suelo de Francia, después nos dirigiremos a París y allí...

El pobre señor Lorry, vió que la señorita Manette se tambaleaba y extendió los brazos para ampararla. Demasiado tarde. La joven acababa de caer al suelo desmayada.

—¡Señorita Manette, señorita Manette! ¿Qué pasa? ¡Por Dios, señorita Manette!—empezó a decir el buen hombre, en el colmo de su turbación.

En aquel momento se abrió violentamente la puerta y apareció en el cuarto una mujer de extraño aspecto. Alta, enjuta, pelirroja, fea. Vestía un traje muy ceñido, de color de su pelo, y se tocaba con una cofia blanca. Avanzó hacia Lucía, empujó al infeliz Lorry, que se había arrodillado junto a ella, y estaba tratando inútilmente de hacerla volver en sí de su desmayo, y con expresión de ira incontenible, inquirió:

—¿Qué es lo que le ha hecho usted a mi niña? ¿Qué es lo que le ha hecho usted?

—¿Yo? ¿Yo? —balbuceó el buen hombre—. Yo vine a darle una noticia.

—¡Bonito modo de darle una noticia!—siguió gritando la recién llegada hecha un energúmeno—. Pobrecita... ¡Mi dulce paloma! Soy

yo, tu Pross. ¿Me oyes, corazón? —terminó, dirigiéndose a la joven, que todavía no había recobrado el conocimiento.

Volvióse hacia el asustado hombre de negocios.

—¿No podía usted haberle dicho lo que tenía que decirle sin asustarla?

—¡Pero si yo traté de hacerlo tan suavemente como pude!...

Afortunadamente para el digno representante de la Banca Tellson, Lucía volvió en sí de su desmayo en aquel preciso instante. De no haber sido así, nadie se habría atrevido a responder de la integridad de su físico en manos de aquella mujer extraña, que más que mu-
jer parecía un sargento y, según

confesión propia, respondía por el nombre estafalario de "Pross".

Entonces se enteraron aquellas dos mujeres, por boca del señor Lorry, que el doctor Manette, padre de Lucía, al que lloraban por muerto desde hacía mucho, mucho tiempo, había estado diez y ocho años encarcelado en la Bastilla, y que ahora, por un milagro de la Providencia se hallaba libre y oculto en una casa de París, a donde tenía encargo de llevarla Jarvis Lorry, el digno hombre de negocios, a quien acababa de sucederle en diez minutos lo que jamás se atrevió a esperar que le sucediera en los años que le quedaban de existencia. Que una mujer se arrodillara a sus pies y se le desmayase.

LA TABERNA

Un bullicioso grupo de hombres y mujeres, desarrapados y andrajosos, se agrupaba delante de la taberna de Ernesto Defarge, situada en uno de los barrios bajos de la ciudad de París, casi a la sombra de la odiada Bastilla.

El carretón de reparto estaba en la puerta, y uno de los barriles de vino acababa de caer rodando por el empedrado de la calle, reventan-

do y dejando caer el precioso líquido que llevaba en sus entrañas. La turba de harapientos que a aquellas horas pululaba por la calle, se arrodilló sobre el pavimento para beber del vino que emanaba aún del barril caído. Un hombre llenó una taza y se la llevó a una mujer de aspecto enfermizo, que estaba sentada en la acera con una criaturita en brazos.

—Tiene barro—arguyó la mujer negándose a beberlo.

—No importa. Por lo menos alimenta y fortalece—repuso el hombre, haciéndole beber un trago a la criatura, que hizo una mueca de desagrado. Luego, humedeciendo uno de sus dedos en el vino que encharcaba la calle, escribió en la pared una palabra. Aquella palabra era: "Sangre".

Defarge, el propietario de la tienda de vinos, le amonestó:

—No hagas eso, Gaspar.

—¿Por qué? —repuso el otro con un brillo extraño en los ojos hundidos—. No pasará mucho tiempo sin que este vino que corre ahora por la calle sea substituído por sangre.

—Sí, pero debes guardarlo secretamente en tu corazón...

Una carretela por la calle. Defarge entró precipitadamente en la tienda y dirigiéndose a su mujer le dijo unas palabras:

—¡Cuidado! ¡La rosa, ponte la rosa!

En seguida, madame Defarge, cogió una rosa que se colocó en el pelo. Aquel gesto que habría podido interpretarse como una coquetería femenina, fué observado por un grupo de personas que había en la taberna, las cuales se apresuraron a levantarse y abandonar el local. Aquellos hombres pertenecían

a la misteriosa sociedad revolucionaria francesa que, perseguida y acosada implacablemente, seguía no obstante su obra, extendiéndose la red de sus asociados por toda la ciudad y aun por toda la nación. Eran los hombres de la primera época de la Revolución Francesa, conocidos con el nombre de "Jaquerie". A aquella sociedad debía el doctor Manette su huida de la Bastilla. La taberna de Defarge era su punto de reunión.

Los ocupantes del coche eran Lucía Manette y Jarvis Lorry, que la acompañaba. La joven iba en busca de su padre, confiada enteramente en la palabra del "hombre de negocios".

Se acercó al mostrador, y dirigiéndose a la mujer que adornaba su pelo con una rosa, le preguntó si era madame Defarge. Al recibir una respuesta afirmativa sus labios pronunciaron una palabra. La contraseña, mediante la cual podría llegar hasta su padre. Aquellas palabras eran: "Vuelto a la vida".

Madame Defarge, que la había visto entrar con hostilidad mani-fiasta, sonrió ahora a la recién llegada, y con el aire más natural del mundo, repuso:

—¡Oh, sí! Arriba tenemos algunos vinos añejos. Mi marido les acompañará.

Subieron una escalera. Madame

Defarge quitóse la rosa del cabello. Al llegar a un corredor del segundo piso, Defarge, abandonando la formalidad con que les había tratado, se arrodilló respetuosamente a los pies de Lucía, que recibió temblorosa y emocionada aquel acto de sumisión y respeto.

—Señorita Lucía. Era usted demasiado pequeña cuando me vió por última vez para reconocerme ahora, pero déjeme decirle que he sido y seguiré siendo siempre el mejor y más humilde servidor de su padre.

La joven inclinó la cabeza sin responder. Habría sido incapaz de pronunciar una sola palabra. Durante aquel viaje de Dover a Calais y de Calais a París que le había parecido interminable, había estado deseando aquel momento supremo de ver a su padre, de ver de nuevo a aquel hombre a quien creía perdido para siempre, a aquel hombre cuya memoria su madre le había enseñado a respetar y venerar como la memoria de un santo. No podía creer que fuera cierto aquello que le había dicho Jarvis una noche en la Hostería. No podía creerlo y sin embargo, dentro de un instante sus ojos presenciaban el prodigio.

—¿Dónde está, dónde está mi padre? ¿Ha cambiado mucho? —

preguntó ansiosamente al cabo de un instante.

—¿Qué si ha cambiado? —exclamó Defarge, sacando una llave de su bolsillo e introduciéndola en la cerradura.

—¿Lo tiene usted encerrado bajo llave?

—Ha permanecido encerrado tanto tiempo que una puerta abierta sería capaz de enloquecerle más todavía. Gritaría, haría cualquier locura que podría comprometernos...

—¿Es posible?—inquirió Lorry con espanto.

—Todo es posible ahora en Francia, y mañana todo será posible también—repuso Defarge con expresión enigmática.

El tabernero abrió la puerta que rechinó suavemente, haciendo estremecer a Lucía. La joven avanzó unos pasos y luego se detuvo como petrificada, mirando con los ojos muy abiertos la figura trágica y miserable de un anciano que sentado ante un banco de zapatero se ocupaba en las tareas de confeccionar un zapato.

—No le hablen ustedes todavía —aconsejó Defarge, y acercándose al pobre viejo, aquel viejo que, no obstante, apenas si tenía más de cincuenta años, le preguntó:

—¿Trabajando todavía?

El anciano levantó la cabeza y miró a Defarge con ojos inexpresivos.

—Sí, trabajando. Debo terminar este zapato...

El doctor Manette había entrado en la Bastilla hacía dieciocho años. Era entonces un hombre joven, lleno de vida y de salud. Ahora era un anciano decrepito y enfermo. Tenía el rostro demacrado, las mejillas hundidas y el pelo enteramente blanco. Llevaba una barba corta y mala, y vestía unos miserables andrajos.

—Aquí hay un caballero que desea verle—dijo Defarge—. Muéstrole el trabajo que está haciendo.

El pobre hombre sonrió. Mostró el zapato que estaba haciendo, con una sonrisa ingenua.

—¡Vamos a ver! ¿Cómo se llama el hombre que ha hecho este trabajo?—interrogó Defarge, dirigiéndose al anciano...

Este miró vagamente al espacio durante unos minutos.

—¿Quiere usted saber mi nombre?—murmuró al fin—. Soy el 105 de la Torre del Norte.

Oyó entonces una voz que pronunciaba un nombre, un nombre que el pobre cerebro enfermo había olvidado.

—Doctor Manette. Soy un antiguo amigo suyo, representante

del Banco Tellson. ¿Me recuerda?

El anciano dejó caer el zapato. Por un instante sus ojos mortecinos se iluminaron con una luz de inteligencia. Frunció el entrecejo como haciendo un esfuerzo para recordar, pero las cosas del pasado se empeñaban en permanecer aferradas a aquel rincón oscuro de su mente, a donde no llegaba la luz de la inteligencia.

Su hija le miraba ávidamente, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no gritar, para no arrojarle en brazos de aquel hombre, de quien no se atrevía todavía a creer que fuese su padre, mientras el doctor Manette seguía esforzándose vanamente en recordar. Se arrodilló a su lado y se lo quedó mirando con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quién es usted?—le preguntó el anciano al verla, pasando su mano por el cabello de la joven. Al sentir su contacto se estremeció, sus ojos volvieron a iluminarse con un destello de inteligencia y de su garganta salió un grito contenido:

—¡Es el mismo cabello de ella! No puede ser, no puede ser... Ella debe haber muerto.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! —murmuró la joven abrazándole.

—Cuando me arrestaron, cuando me arrebataron de su lado—siguió diciendo el anciano como si no hu-

biese oído la interrupción de su hija—ella reclinó la cabeza sobre mi hombro y yo acaricié sus cabellos. Luego, en la Torre del Norte, encontré un cabello como estos en mi manga. Era tan rubio y tan fino como el suyo.

—¡Soy Lucía, Lucía, tu hija!—exclamó la joven llorando y mirando ávidamente el rostro querido.

El viejo hizo ademán de levantarse y la joven le ayudó. Todavía sin dar señales de lucidez, sin parecer haber entendido el grito salido del fondo del corazón de Lucía, se dirigió a la pared del cuarto, aplicando los dedos a los ladrillos, como buscando algo.

—¿Dónde está, dónde está el ladrillo?—dijo con voz incoherente.

—Habla de algo que debe haber escrito, de algo que debe haber quedado oculto en su celda de la Bastilla—advirtió Defarge.

—Otro día lo encontraremos —dijo Lucía dulcemente, cogiéndole por el brazo y llevándolo hacia la puerta—. Ahora debemos ir a casa.

El doctor Manette la miró con expresión de reconocimiento. Su pobre cerebro desquiciado, no había comprendido todavía el significado de aquellas palabras, pero un secreto instinto le decía que podía confiar en aquella mujer que le hablaba con tanta dulzura. Y

se dejó llevar mansamente y subir al coche que partió en seguida.

Abajo, en la tienda, madame Defarge hablaba con algunos de sus clientes.

—Nadie ha visto el coche este, ¿me comprendéis? Se trata de la libertad de un hombre que ha permanecido 18 años encerrado sin ser enjuiciado siquiera. Una monstruosidad que tendrá su castigo...

Al lado de madame Defarge se encontraba una mujer desarrapada y macilenta, de mirada febril, a quien la gente de los barrios bajos de París conocía por el simbólico apodo de "La Venganza".

—¿Conoces el nombre del hombre que le hizo encarcelar?

—Sí. No hay cuidado. Tengo su nombre en la lista. Es el marqués de Evremonde — repuso madame Defarge, con sonrisa enigmática.

En aquel momento se oyó en la calle un grito espantoso, casi inhumano. Los concurrentes a la taberna salieron precipitadamente a la calle para ver lo qué ocurría. Llegaron a tiempo para presenciar el final de una tragedia. Una hermosa carretela acababa de atropellar al hijo de Gaspar, aquel pequeño a quien su padre, un momento antes, había dado a beber un trago de vino. Las débiles piernecitas del chiquillo no le habían permitido

huir a tiempo del galope de los soberbios caballos que cruzaban rápidos y veloces la callejuela miserable. La carroza causante del atropello llevaba en la portezuela unas insignias reveladoras de la nobleza de origen de su propietario. Un escudo con las armas del marqués de Evremonde.

Fué el mismo marqués el que salió displicentemente del carruaje para encaminarse al grupo formado por Gaspar con su hijo en brazos y algunos de sus miserables compañeros del barrio, que habían acudido a su lado. El infortunado padre se inclinaba sobre el cuerpo exámine de su hijo llamándole con acentos desgarradores:

—¡Hipólito, hijo mío! ¡Muerto! ¡Está muerto!

Se volvió hacia el marqués, pero no le dijo ni una sola palabra. La expresión desdeñosa que se pintaba en el rostro del aristócrata le heló la sangre. Sabía que el único sentimiento que podía esperar de aquel hombre era el de desprecio.

El lacayo del carruaje se inclinó respetuosamente ante el dolor, aquel dolor de padre expresado tan patéticamente en el rostro de Gaspar, pero el marqués, no. Un Evremonde no podía perdonar que un miserable chiquillo del pueblo hubiese tenido el atrevimiento de interponerse en su camino, haciendo

detener su coche, aunque acabase de pagar su audacia con la vida. Apartó desdeñosamente sus ojos del cuerpo ensangrentado e inerte del chiquillo, y mirando a su padre con expresión de desafío, dijo unas palabras, que cayeron una a una en el corazón del padre como plomo derretido.

—Es sencillamente lamentable que no sepáis cuidar de vuestros hijos. ¿No comprendéis que interponiéndooos en mi camino podéis causar daño a mis caballos?

No dijo más. Era suficiente para despertar el odio en el corazón del ser más humilde. El padre de la víctima se mordió los labios y vió alejarse el coche del marqués con una mirada de rencor reconcentrado. Al subir al carruaje, el aristócrata había ordenado a su cochero:

—¡Más aprisa, más aprisa! Este maldito accidente nos ha hecho perder el tiempo.

—El marqués de Evremonde tiene siempre prisa—murmuró la mujer de Defarge...

—También irá aprisa... a su tumba — repuso su marido como único comentario.

* * *

Al descender del carruaje frente a la puerta de su castillo, el mar-

qués de Evremonde se encontró con su sobrino Carlos Darnay, parado en las gradas de la escalera, en espera de que un criado acabara de cargar su equipaje en un cabriolé. Su preceptor, el señor Gabelle, ayudaba al criado, disponiendo las cajas y los baúles en el vehículo.

—Me marchó a Londres—explicó el joven, respondiendo a las preguntas sorprendidas de su tío—. Y me marchó para no volver.

—¿Encuentras tan intolerable tu estancia en mi casa?

Una sonrisa amarga contrajo los labios del joven.

—Tío. Tú has hecho el apellido de Evremonde el más aborrecido de toda Francia. No puedo soportar por más tiempo la crueldad con que tratas a las gentes humildes...

—Mucho me temo, mi querido sobrino, que seas víctima de esa nueva enfermedad llamada Humanitarismo...

—Tú no tienes misericordia de los que sufren.

—¡Misericordia! Una variedad morbosa del sentimentalismo. Degollamos cerdos y devoramos su carne. ¿Tenemos, acaso, misericordia para los cerdos?

—Los labriegos no son cerdos. Son seres humanos, como tú y yo...

—¡Es sobre este punto sobre el cual diferimos, precisamente!

—La mayor parte de las tierras que poseemos no son legalmente nuestras—continuó el joven implacablemente—. Y yo me he hecho el propósito de devolvérselas a los labriegos, a quienes en justicia pertenecen.

—¡Carlos! Agradece a las estrellas que eres pariente mío. De lo contrario, podrías encontrarte en la Bastilla sin darte cuenta... No estoy muy seguro de que no sería patriótico encarcelarte. Estas ideas disolventes no pueden resultar más perniciosas. Pero desde el momento que has decidido marcharte...

El marqués de Evremonde terminó su frase con un gesto elegante. Deseó un buen viaje a su sobrino, y entró en el castillo. El aterrizado preceptor del jovenzuelo que tenía la audacia de sentir ideales humanitarios y expresarlos valientemente, le suplicó que le llevase consigo, temeroso, sin duda, de la venganza del aristócrata.

—No puedo llevarte ahora, querido Gabelle—repuso el joven tendiéndole la mano—. Pero en cuanto consolide mi posición en Inglaterra te haré venir en seguida...

El marqués de Evremonde no perdonó la lección de humanitarismo que había pretendido darle su sobrino. Un hombre sin escrúpulos, un hombre que era el brazo dere-

cho del marqués y que se encargaba de "eliminar" a las personas que incurrieran en su desagrado, fué llamado inmediatamente a su palacio, para recibir órdenes...

—¿Dices que en el barco mismo... en el barco en el que va a Inglaterra? ¿Crees que será posible hacerle caer en alguna trampa?

—Descuide, excelencia. Su discipulo sobrino será arrestado tan pronto como desembarque en Inglaterra. Déjelo de mi cuenta...

La casualidad hizo que Lucía Manette y su padre, junto con el señor Lorry y Pross, tomaran el mismo barco que Carlos Darnay. La inteligencia del doctor Manette iba reviviendo poco a poco. Las tinieblas en las que se vió envuelta su memoria se iban desvaneciendo lentamente. Ya no dañaba sus ojos la plena luz del día, ni la visión de una puerta abierta le producía desasosiego... En unas horas, bajo los amorosos cuidados de su hija, acariciando aquellos sedosos cabellos que le recordaban los de su querida muerta, el doctor Manette revivía a la luz, a la inteligencia y a la verdad...

Lucía y Carlos Darnay, se conocieron en el barco y al instante, se sintieron atraídos el uno hacia el otro. Carlos se quedó embelesado ante la belleza exquisita de

aquella joven, que por el color de su pelo y de sus ojos parecía una inglesa, y por la gracia y la distinción de su figura, era exquisita y profundamente francesa. Se sintió también conmovido y apenado por el aspecto abatido y enfermo del padre... En suma, cuando el barco atracó en Dover, los dos jóvenes eran ya los mejores amigos del mundo, y en el momento de despedirse, Carlos Darnay no pudo abstenerse de besar aquella manita que se le tendía y preguntarle a su dueña cuando podría volver a verla...

—En Londres. ¿Por qué no? Mi padre y yo tendremos mucho gusto en verle...

—¿Cuándo?

—El domingo. ¿Le parece bien?

¿Cómo no le había de parecer bien al joven Darnay, volver a ver a la gentilísima Lucía? Carlos aceptó encantado, y al despedirse del buen doctor, aquel venerable anciano, cuyos ojos adquirían a veces una mirada vaga y extraña, le estrechó efusivamente la mano, tan efusivamente, que el doctor Manette no pudo reprimir una ligera mueca de dolor...

Dos hombres que durante el trayecto habían estado observando atentamente las idas y venidas de Carlos Darnay, estaban ahora ha-

blando en el muelle con acento misterioso...

—Fíjate bien, Farsad, es un Evremonde, pero se hace llamar Carlos Darnay. Si nuestro plan surte efecto, el marqués, su tío, nos pagará con buenas monedas...

Dos días después, un diario de Londres, publicaba una noticia sensacional. Unos documentos compro-

metedores habían sido encontrados en posesión de un joven francés, recientemente llegado a Inglaterra, llamado Carlos Darnay. El joven había sido detenido, y la vista de su causa había sido señalada para el día 20 de aquel mismo mes. El señor C. Stryver, conocido abogado londinense, había sido encargado de su defensa...

LA DEFENSA

Sydney Carton—abogado, treinta y cinco años de edad, borracho empedernido—tenía un cerebro extraordinario, sólo comparable a la capacidad de su estómago para ingerir bebidas alcohólicas. Era, pues, un hombre de inteligencia privilegiada, de la que no acostumbraba hacer casi nunca uso en su propio beneficio. Su amigo Stryver, “el joven y brillante abogado del foro londinense”, como acostumbraban llamarlo los diarios, era el encargado de administrar y usar el talento de Sydney Carton, a quien, su desmedida afición a la bebida, le impedía encontrar placer alguno en nada que no estuviese condensado dentro de una botella de alcohol.

Sydney Carton no se contentaba

con ser un gran talento. Era, además, cínico, sarcástico, irónico, agudo, dotado de una extraordinaria mordacidad en sus palabras. No tenía familia, ni amigos, ni casi enemigos. Era lo que vulgarmente se llama “una bala perdida”. Había heredado de su padre el vicio de la bebida, como otros heredan una propiedad. No había hecho nada para substraerse a él y se vanagloriaba de ello. Las gentes que le conocían se pasaban el tiempo lamentando que un hombre de tantas y tan brillantes cualidades intelectuales se dejase embrutecer de aquella manera. Sydney Carton sonreía levemente y seguía bebiendo.

Sin embargo, en el corazón de aquel hombre, sarcástico, mordaz,

alcohólico, amargado, tal vez se escondía un corazón sensible, capaz de todos los sentimientos nobles, capaz de todas las abnegaciones...

Aquella mañana, Sydney Carton se hallaba sentado en un sillón del despacho de forense que, junto con su amigo Stryver tenía instalado en uno de los puntos más céntricos de Londres. La noche anterior había bebido abundantemente y el resultado había sido amanecer con un dolor de cabeza imponente, que trataba de aliviar con una toalla empapada en agua con la que había envuelto su cabeza. Sin duda, para neutralizar los efectos depresivos del líquido con que refrescaba exteriormente su cabeza, Sydney Carton había colocado al alcance de su mano una variada colección de botellas de coñac, vino y aguardiente, que había puesto en una mesita, de manera que sólo tuviera que alargar el brazo para entrar en posesión de una de ellas.

Abrióse la puerta y apareció su colega Stryver, a quien Carton, incapaz de moverse del sillón, dirigió una mirada lánguida...

—¡Cómo! ¿No te has puesto a trabajar todavía? —inquirió—. Tienes que ocuparte de este juicio inmediatamente. Carlos Darnay será procesado por traición dentro de algunos días. El señor Lorry me ha

pedido que defienda su causa y que preste al juicio especial consideración.

—Perfectamente —repuso Carton, imperturbable—. Debes pres-társela. Te estás convirtiendo en uno de los abogados más famosos de Inglaterra.

—Si lo soy se debe a mi perseverancia y a mi cerebro.

Sydney Carton sonrió cínicamente.

—Querrás decir al mío, Stryver.

—Bueno. Pero te pago bien por ello. Ahora se trata de un juicio de importancia. Si hicieses el favor de dejar esas botellas y leer este informe... De ti depende la vida de este joven francés. Tú sabes que hoy día se necesita poco para mandar a un hombre a la horca...

—No conozco a Carlos Darnay y detesto a todos los franceses. En realidad detesto también a todos los ingleses.

—Sí; ya sabemos que tú tienes la sana costumbre de aborrecer a todo el mundo, pero ahora se trata de la vida de una persona. Darnay está perdido si no hallamos manera de probar que las acusaciones de los testigos son falsas... sobre todo las del testigo Barsad...

—Barsad... Barsad. Me parece que he oído antes ese nombre. ¡Sí, sí, ahora recuerdo! Apareció tam-

bién en un proceso por traición. No hay duda que le gusta declarar contra los traidores. Debe ser un gran patriota.

Tomó el informe y lo ojeó indolentemente.

—Magnífico, señor Darnay — exclamó—. Vuestra vida está en mis manos...

—¿No sería prudente que cesaras de beber y comenzaras a trabajar?—aconsejó su amigo.

—No me extrañaría que Jerry Cruncher conociera a este sujeto— siguió diciendo Carton—. Comenzaré por buscar al amigo Cruncher, empleado en la Banca Tellson...

—No irás a mezclar en este asunto al hijo de un hombre de la calaña de Cruncher, de quien dicen se dedica a saltar sepulturas para robar a los muertos...

—Es un oficio como otro cualquiera—comentó su amigo—. En fin, si los Cruncher, padre e hijo, conocen a ese Barsad, me dirán la taberna que frecuenta. Porque no me cabe duda que debe gustarle la bebida. Voy a preparar la defensa en una atmósfera grata para mi paladar. Te llevaré bebiendo a la victoria...

* * *

Carton no se había equivocado. Jerry Cruncher conocía a Barsad

y no tuvo inconveniente en confesárselo a Carton cuando éste fué a su casa para preguntárselo.

—Conozco a un Basard que acostumbra frecuentar la taberna de Duffey. Ahora que, si he de serle franco, estando con él no estará usted en muy buena compañía...

—Tampoco él, tampoco él—repuso el abogado sonriendo...

Aquella misma noche, Barsad y Carton se hallaban ocupando la misma mesa en la taberna de Duffey. Los dos estaban borrachos, aunque, a decir verdad, el primero mucho más que el segundo. Habían llegado al terreno de las confidencias, y Carton le estaba explicando una supuesta hazaña suya con toda riqueza de detalles espeluznantes, fruto de su acalorada imaginación.

Le explicaba el cuento de un supuesto asalto a una diligencia en la que él había tomado parte activa. En aquella aventura habían intervenido dos cómplices suyos a los que había enredado luego, mandándoles a la cárcel de Newgate, donde habían sido descuartizados y destripados...

—¡Descuartizados y destripados, Barsad! Descuartizados como bestias. Ahora veamos si tienes buena cabeza. ¿De qué crees que les acusé para enviarles a la cárcel?

—¡De traición! —gritó Barsad, a quien aquella prueba de maldad de su compañero de borrachera había conmovido profundamente.

—Veo que tienes buena cabeza. ¡Has adivinado! Ahora iguala mi hazaña si puedes.

—¡Claro que puedo igualarla! Te voy a contar lo que hice...

Carton tuvo la suficiente presencia de ánimo para fingir indiferencia.

—No te des prisa, que sobrado tiempo tenemos — dijo bostezando—. Echame un traguito...

Pero Barsad ardía ahora en deseos de contar su hazaña...

—Yo también saqué bastante dinero. Se lo saqué a un marqués muy rico. Su sobrino, un joven aristócrata francés...

—Si quieres que te escuche págame otra copa — refunfuñó Carton...

Pasados diez minutos, Barsad, caído ingenuamente en la trampa que le había tendido el abogado, le contaba *confidencialmente* el resto de la historia. Carton había logrado el testimonio que necesitaba.

Ocho días después, celebrábase la vista del proceso de Carlos Darnay, acusado de alta traición. Defendía al acusado el abogado Stryver, a cuyo lado tomó asiento Syd-

ney Carton, tocado con la peluca de jurista.

Barsad, en su declaración, dijo que había viajado en el mismo barco de Darnay, y que, pasando por la puerta del camarote de éste, que estaba abierta, había visto algunos papeles dispersos por el suelo. Temiendo que se los llevara el viento y pensando en prestar un buen servicio a la persona a la cual pertenecían, los había recogido para enterarse con el consiguiente asombro, de que los papeles contenían una lista de las fuerzas militares de Su Majestad el rey de Inglaterra. Declaró también que había visto al acusado entrar en el camarote, cerrando la puerta tras de sí. Los papeles (papeles falsos que se había procurado Barsad, gracias al oro del marqués de Evremonde) habían sido puestos previamente en manos de las autoridades...

Lucía había sido llamada a declarar. La joven había sido vista en compañía de Darnay casi todo el tiempo que duró la travesía y su testimonio podía ser de decisiva importancia. No obstante, nada o casi nada pudo decir en favor o en contra del procesado. Dijo que había conocido a Carlos Darnay por primera vez en el barco, que el joven, advirtiéndole el lastimoso estado de salud de su padre, ha-

bíase mostrado amable y bondadoso con ellos, y que no había visto jamás los papeles a que se refería el testigo.

—¡Ojalá no pague sus bondades causándole algún daño con mis declaraciones!—murmuró la joven al terminar.

—Algunas personas confiesan haber oído a Darnay decir algo sobre la América del Norte, señorita Manette—insistió el fiscal— ¿Qué es lo que le dijo? Le ruego sea explícita.

—El señor Darnay, al explicar el conflicto entre Inglaterra y América del Norte dijo que podría haberse evitado si Inglaterra hubiera actuado con menos precipitación y más indulgencia. Por la forma en que se expresó, no tenía intención alguna de herir. Exponía una opinión suya, sencillamente.

Se retiró Lucía, temblorosa y turbada, después de haber lanzado una mirada furtiva al joven acusado, y Barsad, el testigo de la acusación, fué llamado a declarar nuevamente. Stryver, que en aquel proceso, como en todos los que intervenía, obraba bajo la influencia de Carton, consultó un memorandum de preguntas que su compañero le había escrito...

—¿Qué profesión tiene usted, señor Barsad? —fué la primera pregunta.

—Tengo la profesión de *caballero*—repuso el interrogado enfáticamente.

—¿De qué vive usted?

—De mis propiedades —siguió diciendo Barsad imperturbable.

—¿Dónde se encuentran sus propiedades?

Barsad titubeó un momento antes de responder. La verdad es que aquellos malditos abogados hacían unas preguntas tan difíciles...

—Pues... por el momento no poseo ninguna — repuso socarronamente.

—¿Recuerda usted haber sido expulsado a puntapiés de un piso alto y haber caído rodando por las escaleras? Según mis informes había pretendido robar una tetera de plata...

Esta vez el interrogado se creyó obligado a indignarse.

—Caí por mi propia voluntad —rezongó—. En cuanto a la tetera, que no fué tetera sino mostacera, resultó no ser de plata, sino de níquel, y además, yo no tenía ni la más remota intención de robarla.

—¿Conoce usted a cierto marqués francés, llamado Evremonde?

—¡No, señor!—repuso Barsad, palideciendo.

—Bien, señor Barsad. El fiscal acaba de decir que la decisión en el proceso depende de la identificación de un hombre, quien, según

sus declaraciones, es el procesado, un hombre a quien usted afirma haber visto entrar en el camarote donde encontró los papeles comprometedores. Le ruego tener cuidado al prestar esta declaración. ¿Está absolutamente seguro de que el hombre aquél era el procesado Carlos Darnay? ¿No cree usted posible haber incurrido en error? ¿No podría usted haberlo tomado erróneamente por... por mí, por ejemplo, o por su señoría, el señor fiscal?

—¡Oh, no, no señor!—se apresuró a protestar Barsad indignadísimo.

—Muy bien. Entonces, señor Barsad, ¿no podría usted haberlo tomado equivocadamente por... por mi docto amigo?—y Stryver hizose a un lado, señalando a Carton, a quien Barsad no había visto hasta entonces.

Iba el testigo a contestar “no”, pero la visión del rostro de Carton le recordó de pronto el rostro de un hombre visto a través de la nube que el alcohol había puesto ante sus ojos.

—¡Ah! — exclamó Stryver—. Ahora parece usted dudar. ¡Señor juez! ¿Se dignaría su señoría permitir que mi docto colega se quitara la peluca por un momento?

—No creo que sea necesario, pero si el señor Carton no teme resfriarse...

Carton se quitó la peluca y Stryver continuó interrogando.

—Ahora, señor Barsad, ¿no podría usted haber tomado erróneamente el procesado por... por el señor...

—No... no... lo... creo — repuso el infeliz testigo más muerto que vivo.

—¡Pero no está usted seguro! Podría haber sido este caballero, en lugar del procesado... ¿no es verdad, señor Barsad? ¿No podría usted haber confundido al procesado por algún otro? ¿No podría haber sido el señor Carton el ocupante del camarote?... ¿No?

Pero el infeliz Barsad no estaba ya para preguntas. Acababa de recordar, con todo detalle, la conversación que tuviera unas noches antes en la taberna con aquel mismo hombre que acababa de sacarse la peluca de jurista y le miraba irónicamente.

—¡Sí! — murmuró sin saber lo que decía—. ¡Sí! Podría haber sido él...

—Entonces usted no recuerda bien el rostro del hombre que entró en el camarote. Podría haber sido este caballero, y aquél, o yo mismo... En pocas palabras: usted no está seguro de lo que ha dicho. Ahora que refresca usted la memoria y está mirando a mi colega no se atrevería a afirmar que el pro-

cesado fué la persona que usted vió en el barco...

Barsad, cuyos ojos de lechuza no se apartaban del rostro de Carton, vió con la natural sorpresa y sobresalto, como éste, con una expresión soberanamente cándida, le guiñaba un ojo. El infeliz no necesitó más para darse por vencido.

—En realidad... no me atrevería a afirmarlo—contestó con voz temblorosa—. Ahora que recuerdo, estoy seguro. ¡Sí, sí, estoy seguro de que el hombre que vi a bordo no era el procesado!...

—He concluido, señor juez—dijo Stryver con una sonrisa.

Ante aquella inaudita declaración, que echaba por tierra todas las acusaciones, el Jurado hubo de inclinarse y pronunciar veredicto de inculpabilidad. Una vez más, la astucia de Carton había triunfado por boca de su amigo Stryver.

La primera en acercarse a felicitar a Darnay fué Lucía Manette.

—¡Me alegro mucho, me alegro mucho! — murmuró la joven tendiéndole la mano que Darnay besó fervorosamente—. Yo no podía creer que fuese usted culpable.

Stryver vino a interrumpir el agradable aparte de los jóvenes, para decirle con aire de suficiencia a su defendido:

—Celebro haberle sacado con

honra de la infame intriga urdida en torno suyo...

—Usted me ha salvado la vida... y lo que es más de agradecer, ha salvado mi honor...

—No era posible otro resultado. Barsad no podía engañarme. Soy pájaro viejo en el oficio.

Carton no se acercó a felicitarle... por el momento. Tenía algo muy urgente que hacer todavía. Hablar con Barsad, aquel perillán, que, no obstante, había sido lo suficiente cándido de dejarse emborrachar por él y hablar como un doctrino. Al verlo que se escabullía *discretamente* hacia la puerta, fué a su encuentro para decirle con voz irónica:

—¡Y bien, Barsad! Creo que usted ha favorecido a Inglaterra con su presencia por un tiempo bastante largo. Me permito aconsejarle vaya usted a honrar a otro país. Un cambio de aires resulta siempre saludable... Francia, por ejemplo, o tal vez preferiría usted tierras más remotas... y más tranquilas. China o el Japón...

—Sí, señor Carton. Yo también he pensado en irme de viaje—aceptó el pillo resignadamente.

Y sin añadir una sola palabra tomó las de Villadiego, antes de que fuera demasiado tarde. Sólo entonces se unió Carton al corrillo

que rodeaba a Carlos Darnay, a tiempo de ver como una vieja estrafalaria y entrometida se llevaba a aquella joven rubia, de belleza exquisita y delicada, que había declarado como testigo, y cuya sola presencia allí le había parecido un regalo del cielo a aquel hombre que arrastraba el vicio hereditario de la borrachera, con un cinismo que, a veces, resultaba un poco triste...

—Señor Darnay, es usted un joven en extremo afortunado — dijo Carton al observar que la linda rubia se despedía con una sonrisa que era todo un poema—. El contraste no puede ser más sorprendente. Hace una hora su destino no podía ser más incierto. Estaba usted tal vez camino de... del otro mundo, y ahora recibe usted una sonrisa de una mujer encantadora...

El joven sonrió.

—Me siento profundamente reconocido al señor Stryver y a usted — dijo, esquivando hábilmente la respuesta—. ¿Puedo esperar que me hagan ustedes el honor de cenar conmigo?

—Por mi parte aceptado. Pero le advierto a usted que yo no comeré...

—¿Entonces?

—No tema usted. Le haré cumplido honor a los vinos.

Como Stryver no pudo aceptar la invitación por tener otro compromiso, Carton y Darnay hubieron de cenar solos. Se dirigieron a una fonda cercana y pidieron cena. Darnay hizo los honores a los platos y Carton, a las botellas. Mientras más se alejaba de la forzada sobriedad en la que se había mantenido durante aquellas horas, mientras más se hundía su cerebro en los vapores del alcohol, más sarcástico se mostraba Carton con su joven anfitrión. Sarcástico, y casi agresivo.

—¿Qué clase de sensación experimenta usted, señor Darnay, ahora que vuelve a vivir, a sentir... a paladear, después de estos días de cárcel con el grave peso de una acusación sobre sus espaldas?

El joven sonrió.

—¡Caramba, señor Carton, eso no se pregunta! Una sensación agradabilísima, por todos conceptos. ¿No se alegra usted de haber contribuido a proporcionarme este placer?

Los ojos negros y expresivos de Carton miraron el rostro juvenil de su interlocutor con una expresión indefinible. Sus labios finos se contrajeron con una sonrisa irónica.

—¡Bah! Si he de serle franco, le diré que ni sí, ni no. A decir verdad, no me interesa la vida de

un hombre, ni creo que nadie se interese por la mía.

Darnay no tomó demasiado en serio las palabras excépticas de su amigo. Pensó que el alcohol ingerido, tal vez no fuera del todo ajeno a aquel pesimismo.

—Se siente usted un poco desengañado hoy... Apostaría a que pasó la noche en claro...

—Sin pegar los ojos. La pasé bebiendo...

Hubo unos instantes de silencio. El joven observó atentamente el rostro de Sidney Carton, en el que el alcoholismo había dejado huellas indelebles. Tenía el color terroso, los ojos ligeramente vidriados, los labios secos. Sin aquellos signos de prematura decrepitud, el rostro del abogado habría sido el de un hombre guapo. Tenía las facciones correctas, y el terrible vicio que le dominaba, no había logrado borrar cierta expresión señorial, cierto aire inconfundible de distinción que emanaba de toda su persona. Su voz, afortunadamente, no era la de un borracho. Era una voz más bien dulce, un poco opaca, que sabía dar a cada palabra el matiz requerido. Su evidente cinismo, no impedía que resultara simpático y atrayente, sumamente atrayente. Así, por lo menos, lo consideraba Darnay, sin que el agradecimiento que sentía hacia él por haberle ayu-

dado a salir de aquel atolladero, fuese lo que le inclinara a formar de él un juicio favorable.

—¿Por qué bebe usted, señor Carton? —se atrevió a preguntar, después de unos instantes de vacilación.

—Preguntarle a un hombre por qué bebe es preguntar demasiado. Si se empeña usted en que se lo diga le confesaré que bebo para poder soportar al prójimo. Después de consumir algunas botellas, es posible que aun usted llegue a serme persona grata.

—Señor Carton, usted ha sido muy bueno conmigo, me ha prestado un gran servicio, y no recompensaré su bondad considerándome ofendido—repuso Darnay, completamente decidido a no tomarse en serio las paradojas de su amigo.

—¡Buen muchacho! ¡Y ahora... un brindis! Brindemos por, por la persona más querida de usted, por la reina de su corazón—si no encuentra usted el simil demasiado cursi—, por la persona en quien piensa usted en este momento.

—No sé de quién habla...

—¡Embustero! Lo sabe usted mejor que yo. Tiene el nombre de esa persona en la punta de la lengua...

Darnay se confesó vencido. Sonrió y...

—Muy bien — admitió sincera-

mente—. Brindemos, pues, por la señorita Manette.

Pero Carton no parecía dispuesto a deponer su actitud.

—Dígame, señor Darnay, ¿cree usted de veras que su persona me es particularmente grata?—preguntó con sorna.

Esta vez el joven se creyó obligado a amoscarse.

—Así lo creía—respondió algo fríamente—, pero lo dudo ahora que le veo persistir en su empeño de zaherirme. Espero, no obstante, que su antipatía no le inducirá a impedirme que pague la cena...

—¿Impedirle que pague la cena? No, amigo mío, no. Pero si es verdad que va usted a hacerlo, pida que me traigan otra botella...

Y viendo que el joven, perdida ya completamente la paciencia, se disponía a marcharse, después de haber satisfecho el importe de la cena, le dijo, acentuando su expresión irónica:

—Adiós, señor Darnay. No se enorgullezca demasiado de salir de esta fonda en su sano juicio. Tiene mucho más mérito emborracharse.

El joven no respondió. Cuando hubo salido, Carton se miró a un espejo rajado, que colgaba de un gancho en la pared de la hostería y se echó a sí mismo una filípica.

—¿Por qué has tratado así a ese muchacho? ¿Es porque te recuerda la condición a la cual has descendido... o porque representa lo que tú podrías haber sido? Si hubieras estado en su lugar esta tarde, en el juzgado, ¿crees que ella te habría mirado como lo miró a él? ¡Oh, Carton! Acabas de descubrir una cosa muy graciosa. Estás celoso y... ¿por qué no lo confiesas francamente? Aborreces a este pobre muchacho...

Y después de haber hecho este amargo comentario lanzó la copa contra el espejo...

FELICIDAD

Carlos Darnay no tardó en convertirse en asiduo visitante de la familia Manette, y como es de suponer, no tardó mucho tiempo en convencerse de que Lucía era la

mujer ideal, la mujer soñada, la más bella entre las mujeres, la más buena, la más dulce... Todas esas cosas inefables que los enamorados suelen atribuir al objeto de sus an-

helos. Y como Lucía, por su parte, se empeñó en considerar al joven como el hombre más perfecto de la tierra, no tardaron en ponerse de acuerdo para llegar a la conclusión de que se amaban locamente y que debían casarse inmediatamente. El doctor Manette pareció encantado con la idea, y en cuanto a la buenísima y regañona señora Pross, se sintió inclinada a dejar entrever la buena voluntad que guardaba hacia el joven.

Era víspera de Pascuas, y Lucía había invitado a Carlos a ir con ella y su padre a la ceremonia religiosa de Nochebuena. El joven se retrasaba un poco, y aquella falta de cortesía daba ocasión a la señora Pross para soltar la espita de su descontento.

—El hombre que tarda en ir a la Iglesia en una festividad como esa, no tendrá tampoco inconveniente en llegar tarde el día de su boda. Claro que el señor Darnay es extranjero y no podemos esperar de él que celebre las Navidades como nosotros las celebramos...

—Carlos me dijo que tenía que ver al señor Lorry para un asunto particular. Tal vez sea este el motivo de su retraso...

—¡Bah! Para los jóvenes del día, cualquier cosa es más importante que ir a la iglesia. Yo siento

que este joven tan simpático se haya mezclado con este señor Lorry y haya entrado en su Banco. Ustedes creen que fué una gran bondad de parte del señor Lorry, pero a mí no me parece lo mismo, porque este buen señor es ateo. Todos los banqueros... y todos los franceses son ateos... El señor Darnay también debe ser ateo.

En aquel momento llegó el "ateo". Venía pálido y nervioso, y aquellos signos evidentes de su turbación, lograron aplacar las iras de la señora Pross, lo suficiente para contestar a su saludo de Nochebuena.

—Lamento muchísimo haberme retardado. Un asunto imprevisto me detuvo... Tenía que hablar con el señor Lorry —dijo el joven, después de haber saludado afectuosamente a las dos mujeres—. A propósito, Lucía. ¿Me perdonarás que no vaya a la Iglesia contigo? Desearía quedarme a hablar con tu padre.

—¡Carlos! ¿Suced algo? —inquirió la joven, inquieta.

—Nada de importancia, Lucía, te lo aseguro. El señor Lorry ha enviado a Jerry Cruncher para que las acompañe a la iglesia, mientras yo me quedo a hablar con tu padre...

La joven aceptó resignada, in-

quieta en el fondo, pero procurando dominarse. Salieron ambas mujeres, y entonces Darnay se fué en busca del doctor Manette. La palidez de su rostro se había acentuado.

—Doctor Manette. Nuestro amigo Lorry acaba de revelarme algo que me angustia profundamente.

—Mi querido Carlos. ¿De qué se trata?—inquirió el doctor.

—El señor Lorry me ha referido todos los sufrimientos y las injusticias de que fué usted víctima, me ha dicho que estuvo usted encarcelado en la Bastilla durante dieciocho años, y que el autor de esa infamia fué el marqués de Evremonde... Que usted fué liberado casi milagrosamente y que los cuidados y la ternura le han devuelto la razón, que creyeron había perdido para siempre. Pues bien, por una amarga ironía del destino, el hombre que cometió con usted esta injusticia, es pariente consanguíneo mío. Yo llevo su apellido. En una palabra. Es hermano de mi madre...

Ahora fué el doctor Manette el que se quedó pálido como un muerto. Desde que Carlos había principiado su relato, desde que sus labios habían pronunciado el nombre odiado de La Bastilla, un temblor extraño había empezado a sacudir su cuerpo. Ahora miraba al joven

con ojos extraños—ojos de loco—, al mismo tiempo que empezaba a pronunciar el apellido execrado, cuyo recuerdo le acompañaba siempre como una maldición.

—Evremonde, Evremonde, Evremonde... De manera que usted es...

—Sí. Soy un Evremonde. No me quedaba otro recurso que venir a confesárselo. No podía seguir recibiendo sus bondades, sin revelarles el nombre de la familia a la cual pertenezco. Tenía que decírselo a usted, aunque no fuese por otra razón que por la de ser padre de Lucía...

Se detuvo asustado al ver la expresión de los ojos del anciano. Era la misma expresión que habían tenido durante los trágicos años de su encierro.

—¡Evremonde! ¡La Bastilla! ¡La Torre del Norte!—murmuraba enloquecido...

—Lo único que puedo decirle es que he dado ya los primeros pasos para repudiar a mi tío y renunciar a su herencia. Su conducta fué, precisamente, la razón de mi destierro voluntario...

Se interrumpió al ver que el doctor Manette no le escuchaba. Su mente no estaba allí. Había vuelto al pasado.

—¡Doctor Manette, doctor Manette!—gritó, espantado.

Durante unos instantes el doctor

Manette siguió mirándole sin verlo, al fin pareció volver en sí de su estupor, y extendiendo los brazos como si luchara con un fantasma, suplicó con voz doliente:

—Cierre usted la puerta, cierre usted la puerta...

El joven obedeció. Volvió luego al lado del anciano...

—¿Se siente usted enfermo?—preguntó solícitamente.

—¿Ha cerrado usted la puerta? Es absurdo, pero me siento más seguro así, me siento más seguro—repuso el doctor con voz débil.

Permanecieron unos instantes en silencio. Darnay comprendió que pugnaba por librarse del recuerdo espantoso, aquel recuerdo que los mimos y cuidados de su hija le habían hecho olvidar temporalmente.

—Siento mucho haberle proporcionado este trastorno—dijo el joven con entonación humilde—. He despertado recuerdos dolorosos que usted quiere olvidar. Pero tenía que decírselo. No habría sido honrado mantener el secreto.

Ahora el doctor Manette parecía haberse serenado por completo. La mirada extraviada había desaparecido de sus ojos, habitualmente dulces. Tendió la mano al joven y con acento grave y sincero le dijo:

—Ha demostrado usted carácter, Carlos. Ha tenido usted valor y se

ha portado honradamente. No tiene usted la culpa de ser un Evremonde. El sufrimiento nos enseña muchas cosas, muchas, entre ellas, a no castigar al inocente.

—¡Nunca olvidaré su bondad!—respondió Darnay hondamente emocionado.

—Pero debe usted prometerme una cosa, Carlos, no decírselo a Lucía. Comprendo que esto ha de serle muy difícil, pero sólo le pido que me permita decírselo yo mismo, en cuanto lo crea prudente. De lo contrario, destruiría usted no sólo su propia felicidad, sino la de ella, que es tanto como decir la mía... ¡Confíe usted en mí, Carlos!

—Será como usted desee—balbuceó el joven con los ojos llenos de lágrimas.

Lucía y la señora Pross avanzaban por las lóbregas callejuelas de Londres. Nevaba copiosamente. Jerry Crunchor, con una linterna en la mano, les iba señalando el camino. La señora Pross, sin duda para no perder su sana costumbre de refunfuñar, le iba diciendo a Lucía, en voz baja, lanzando miradas de desconfianza a su guía:

—No sé qué necesidad tenía el señorito Carlos de mandar a nadie para que nos acompañase. Si no quería que nos aventurásemos solas, de noche, por las calles de

Londres, ¿por qué no venía él con nosotras? Pero, claro, ¿como no tenía deseo alguno de ir a la iglesia! ¡El muy ateo!

Se interrumpió al ver que su señorita se detenía para saludar a un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, con signos evidentes de no estar del todo sereno.

—Buenas noches, señor Carton—dijo la joven tendiendo la mano que el abogado estrechó entre las suyas—. Felices Navidades.

—Gracias, señorita Manette. Felices Navidades a ustedes también.

La joven le invitó a que las acompañara a la iglesia. La invitación había sido hecha con una sonrisa tan dulce, que Carton no pudo negarse a acompañarla.

La sencilla ceremonia de la Navidad en el templo, la dulce voz de soprano que cantaba "Venid, fieles" la mirada y la sonrisa de su joven acompañante, lograron emocionar profundamente a Sydney Carton, a pesar de las copas que llevaba y las ideas que se jactaba de profesar. Todo su cinismo se desvaneció como un encanto y cuando Lucía le pidió con voz queda que la acompañase al belén a encender una vela, el Nacimiento erigido en una de las naves de la iglesia, donde brillaba magnífica estrella, se sintió profundamente con-

movido. Por un instante, su imaginación retrocedió a los días lejanos de su niñez, al recuerdo de su madre muerta, a todas aquellas cosas dulces e inefables que se habían perdido para siempre.

Salieron del templo. Carton guardó silencio. Experimentaba una confusa sensación de vergüenza y un deseo vago de prolongar indefinidamente aquel estado de su conciencia.

Al llegar a la puerta de la casa del doctor—una casita acogedora y modesta que habían alquilado en el barrio de Soho—Lucía invitó a su acompañante a entrar. Carton se negó.

—Vamos a celebrar la Nochebuena en la intimidad y usted sería bien recibido.

—Temo no serlo tanto por su padre como lo he sido por usted—repuso el joven con una sonrisa triste—. Debo confesarle que cuando nos encontramos no iba yo camino de la iglesia. Generalmente paso la Nochebuena yendo de taberna en taberna. En realidad, no me encuentro en estado... muy normal, que digamos. Temo que usted lo haya advertido ya.

Los labios de la joven se plegaron en una dulce sonrisa.

—Sí, tal vez lo haya notado, pero, señor Carton, yo le repito si

quiere usted hacerme el favor de pasar. Puede acompañarnos, si no tiene nada mejor que hacer.

—Ciertamente que no tengo nada mejor que hacer. A decir verdad, nunca tengo "nada mejor que hacer". Pero, permítame que por hoy rechace su invitación. No estoy en condiciones... físicas de presentarme ante su padre. ¿Me permite visitarles otra vez?

—Se lo ruego, señor Carton. Desearía contarle entre nuestros amigos y estoy segura de que mi padre tendrá muchísimo gusto en conocerle.

Volvió a tenderle la mano, que Carton estrechó en silencio. Luego, lentamente, entró en su casa. Carton permaneció largo rato delante de la puerta por donde había desaparecido Lucía. Tenía en el rostro la misma expresión con que había contemplado a la joven en el templo. Era una expresión atormentada y beatífica al mismo tiempo.

* * *

Desde aquel día Sydney Carton se convirtió en otro hombre. No bebía más que cuando el vicio le empujaba irremisiblemente, haciéndose superior a su voluntad de vencerlo. Cuidaba más de su ropa, había suavizado su espíritu sarcásti-

co y su mirada era más tranquila y apacible. Los labios de una mujer, hablándole con cariño, habían hecho el milagro.

Había llegado la primavera. Carton había visitado muchas, muchísimas veces, la casa del doctor Manette, en donde era acogido con una afectuosidad enternecedora por parte de todos.

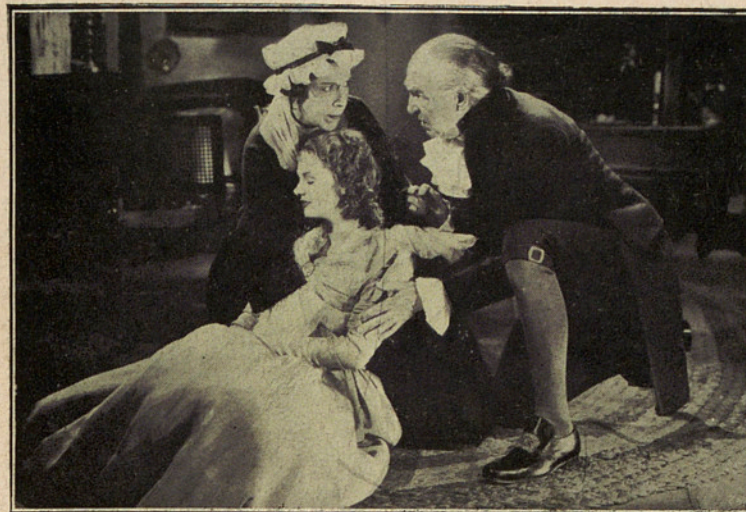
Aquella tarde, Lucía se hallaba sentada junto a él, en el jardín de su casa. Pross servía el te, mientras la joven se dedicaba a la grata tarea de pintar diversos objetos y utensilios de loza, que luego pasarían a adornar su sencilla y humilde casita.

—Me ha convertido usted en bebedor de te, Prossie—exclamó Carton en tono de broma—. ¿No le da a usted vergüenza?

—Me llamo Pross—rectificó la buena mujer, fingiendo como siempre una indignación muy superior a la que sentía—. En cuanto a hacerle beber te, está muy lejos de ser una vergüenza. ¿Por qué ha de ser una vergüenza acostumbrarle a una bebida inofensiva y a visitar un hogar decente, salvándole así de la horca que se merece?

—¡Oh, Pross! — exclamó con falsa seriedad Lucía—. ¿No crees que a veces exageras un poquitito?

—Es uno de los dones más apre-



—¡Bonito modo de darle una noticia!



—Ahora debemos ir a casa.



—¿No te has puesto a trabajar todavía?



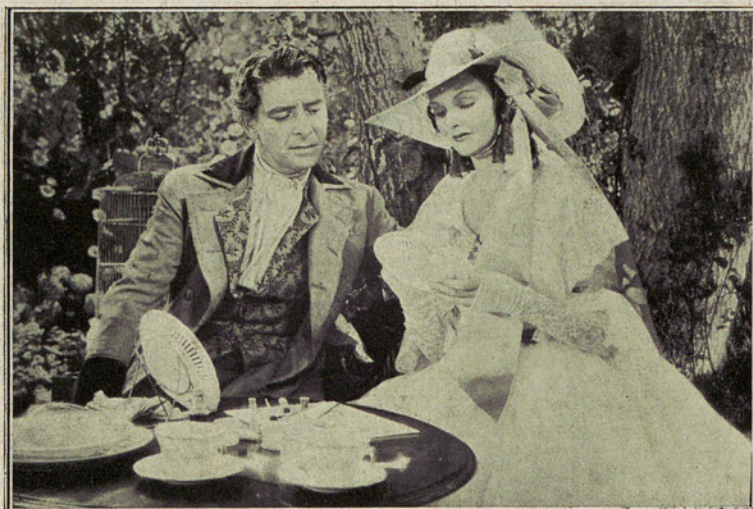
—Buenas noches, señor Carton. Felices Navidades.



—... ¿no podría usted haberlo tomado equivocadamente por... por mi docto amigo?



—Me ha convertido usted en bebedor de te.



—¿Sabe usted lo que representa para mí poder frecuentar esta casa?



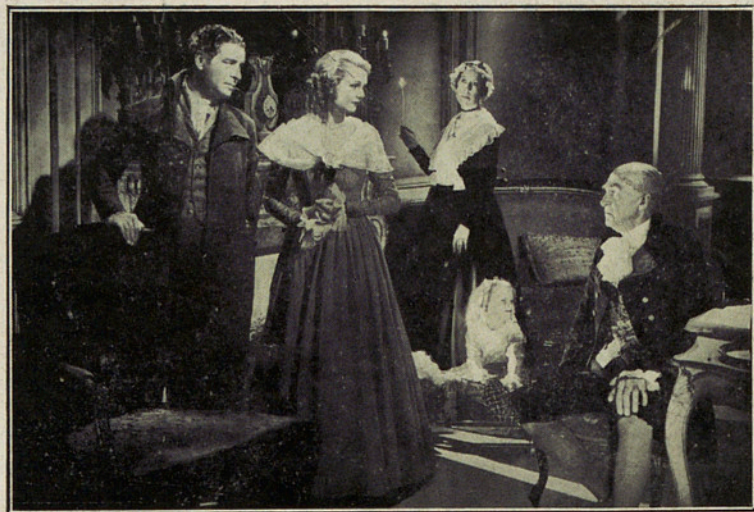
... avanzó sigilosamente hacia la cama del marqués.



—No olvide que daría gustoso la vida para salvar la de las personas que usted ama.



—¡El hombre que mató a tu amo era yo!



—Danton puede salvar a Carlos, ¿verdad?



—Confíe usted por una sola vez en las palabras de un borracho.



—Apuesto a que soy el último ser humano a quien esperaría ver...



El duelo entre aquellas dos Furias duró algunos minutos...



—¿Vais a morir en su lugar?



—¡Adiós!—dice ella mirando a Carton con expresión inefable.

HISTORIA DE DOS CIUDADES

ciables de Prossie—repuso Carton sonriendo—. Por eso la quiero tanto.

Prossie se creyó obligada a fingir indignación y marcharse inmediatamente. Lucía la vió alejarse y dijo a su compañero:

—Realmente, Carton, o mucho me equivoco o creo que ha cautivado usted por completo a nuestra Pross.

—Prossie es para mí parte del sabor de esta casa. No podría imaginarla sin esos objetos que pinta usted.

—¡Oh, Sydney, no diga usted eso! Ya sé que son horribles, pero me entretienen.

—Como las bebidas que ingiero—comentó Carton filosóficamente—. Sé que son horribles, pero me gustan.

—Ultimamente no ha habido mucho de... eso, ¿verdad, Sydney?

—Su influencia, Lucía, sólo su influencia. ¿Sabe usted lo que representa para mí poder frecuentar esta casa? Una esperanza, una esperanza que casi había abandonado. Si llevo camino de ser otro hombre, a usted y sólo a usted se lo debo, Lucía.

—Sydney, siempre adiviné en usted tantas dotes ocultas, que me parecía lástima...

—¿Desperdiciarlas? No tenga

miedo de decirlo, Lucía. ¡Es verdad! Las he desperdiciado, he desperdiciado mi vida. Sólo desde que la conocí me digo a mí mismo que tal vez no sea demasiado tarde para rectificar, que...

—Estoy segura de ello, Sydney, segurísima. Es usted joven, tiene usted talento. En cualquier campo que elija...

—¿Lo cree usted así?—preguntó él anhelosamente.

—De veras, Sydney. Con toda mi alma.

—¡Lucía!—exclamó Sydney, emocionado.

—Esto me hace muy dichosa, Sydney. Viene a completar mi felicidad. Es extraño, Sydney. Hace sólo cinco meses que nos conocemos y, no obstante, me parece que nos hemos conocido toda la vida. Es usted mi amigo más querido. Es por eso que deseo sea el primero en saber...

—¿Qué?—interrogó él ansiosamente, mirando ávidamente los ojos de ella, como si quisiera penetrar su dulce secreto—. ¿Qué desea decirme?

—Voy a casarme. ¿No lo sabía usted?

Carton se mordió los labios.

—No, no lo sabía—se limitó a responder.

—Voy a casarme—continuó di-

ciendo la joven sin advertir el cambio operado en el rostro de Carton. ¿No adivina usted con quién?

—Carlos Darnay—insinuó el interrogado con un hilo de voz.

—El mismo, Carton, el mismo. ¿No me felicita usted?

Sydney Carton se levantó. Inclínose reverentemente ante Lucía y con voz grave, triste, voz que casi se apagó en su garganta, le dijo:

—Felicidades, Lucía. Se las deseo con toda mi alma. Usted se las merece.

* * *

Carton no estuvo presente entre los convidados al casamiento de Lucía Manette y Carlos Darnay. Se pasó el día entero en su estudio bebiendo sin cesar, desesperadamente, como jamás había bebido. Cuando su amigo Stryver regresó de la ceremonia lo encontró borracho perdido.

—¿Por qué no asististe a la ceremonia, Carton? Lucía te echó de menos. A propósito de ella. Me habría gustado que hubieses podido ver la expresión de alegría que se pintaba en su rostro al salir de la iglesia, del brazo de su marido. Parecía...

Se interrumpió al ver que su amigo se levantaba bruscamente y

encarándose con él le decía con un acento amargo:

—¿Y por qué no había de mostrarse alegre? ¿Por qué no había de sentirse feliz, si acababa de casarse con el hombre que amaba?

* * *

Entretanto, en París, el instinto del odio armaba, una vez más, el brazo de un hombre para convertirlo en un asesino.

En la taberna de Defarge, madame Defarge, acompañada de "La Venganza" y de algunos miembros de la Jaquerie, se ocupaba en su tarea favorita de hacer media. Hablaba a Gaspar y el acento de su voz tenía matices de odio infinito.

—Gaspar. Haces bien en querer vengar la sangre de tu hijo, pero no olvides que te debes a la causa, a "nuestra causa". Tú estás destinado a algo más que a matar sencillamente al marqués de Evremonde.

—No temas, mujer. Yo sabré guardarme.

Aquella misma noche, un hombre penetraba furtivamente en el castillo del marqués de Evremonde, protegido por la obscuridad. Se detuvo ante la ventana de la habitación del aristócrata y desde allí contempló con ojos ávidos la escena

que se desarrollaba en su interior. El marqués, ayudado por sus criados se estaba haciendo la "toilette" para acostarse. Conversaba con Gabelle y lamentaba sinceramente la muerte de uno de sus vasallos que había tenido el atrevimiento de morir de hambre... sin haberle pagado los tributos que le debía. Le preguntó después qué había sido de su sobrino, el díscolo Carlos Darnay.

—Su sobrino es muy feliz. Ha logrado un empleo en el banco de Tellson y está para casarse.

—Terriblemente burgués. No sé a quién ha salido este sobrino mío. Sus padres eran aristócratas de pies a cabeza. Casi, casi me haría sospechar que... En fin, ya me entiendes. Su conducta es tan impropia de un aristócrata que hace a su madre sospechosa de algún desliz plebeyo.

Se detuvo. Acababa de ver una

sombra sospechosa a través de los vidrios del balcón y ordenó a Gabelle que se asomase para ver qué era. Gabelle obedeció. Abrió la ventana, miró hacia afuera. No vió a nadie. Gaspar había tenido tiempo de hacerse a un lado ocultándose.

Se acostó el marqués y no tardó en dormirse.

Aquella sombra que un momento antes le pareciera ver detrás de los vidrios de su balcón, saltó ahora al interior del cuarto y avanzó sigilosamente hacia la cama del marqués. Evremonde no le oyó. Dormía con el sueño profundo y apacible de las personas "limpias de conciencia". Un minuto después seguía durmiendo, pero en un sueño del que no se despierta. Tenía un puñal clavado en el corazón. La venganza había realizado sus propósitos.

PRELUDIOS DE REVOLUCION

Cinco años después, un ejército de hambrientos y andrajosos, estaba a punto de desencadenar una de las más espantosas tragedias que estremecieron al mundo, pero los aristócratas seguían todavía ciegos y sordos al clamor que se iba acercando.

Era inútil que hombres como Gabelle, el antiguo servidor del marqués de Evremonde, el preceptor de Carlos Darnay, el hombre que había sabido inculcar al joven aristócrata las ideas humanitarias, tratase con palabras persuasivas y elocuentes de mostrar el abismo so-

bre el cual se hallaban suspendidos. algunos nobles.

—Yo os ruego corrijaís vuestros errores, nobles señores, si no queréis que el torbellino que se acerca nos arrastre a todos irremisiblemente. Corren vientos de revuelta y si la revuelta llega a estallar, nada ni nadie podrá ya detener a esos hombres, ebrios de sangre y de venganza.

—¿Qué queréis decir con eso, Gabelle?—interrogó uno de los nobles que estaban escuchando las palabras del antiguo servidor de Evremonde—. ¿Que debemos doblar las fuerzas de la policía?

—¿Policía? No, no es con la policía con la que podréis prevenir la catástrofe que se acerca, sino dando al pueblo lo que pide. Pan, reducción de los impuestos. Recordad el terror que nos invadió a todos hace cinco años, cuando mi señor, el marqués, fué asesinado. Recordad también que el hombre que le asesinó es un miembro de la Jaquerie y no ha sido hallado todavía.

Aquel hombre "que no había sido hallado todavía" estaba en aquel preciso instante hablando con madame Defarge. Gaspar no había logrado todavía saciar su sed de venganza con el asesinato del odiado marqués que había causado la muerte de su hijo, sin una sola pa-

labra de conmiseración o de pena. Aquel hombre necesitaba ir más lejos aun. Su puñal, tinto en sangre, estaba reclamando nuevas víctimas.

Uno de los revolucionarios que estaba con ellos, preguntó en voz baja al ver pasar un desfile de tropas:

—¿Cuántos miles de soldados extranjeros van a traer a Francia?

—No importa cuántos traigan—repuso madame Defarge—. No les servirá de nada.

Precisamente, en aquel momento, uno de los soldados que pasaban por la calle, entró en la taberna, se acercó a madame Defarge y en voz baja, dijo:

—Vengo a deciros, camaradas, que no tenéis nada que temer de los soldados. Estamos con vosotros.

Y después de haber dado el mensaje, salió de la tienda, perdiéndose entre la tropa. Casi al mismo tiempo entró un leñador, llevando al hombro una gavilla de heno.

—¿Quiere que la suba al desván?—preguntó, y luego, bajando la voz:

—Allí viene un espía. Solía estar al servicio de Evremonde. Se llama Barsad.

Madame Defarge tomó inmediatamente una rosa y se la puso en el cabello. Algunos de los clientes, se absorbieron en un *inocentísimo* jue-

go de dominó, mientras otros se pusieron a jugar a los naipes.

Barsad, el inconmensurable Barsad, apareció en la tienda. Siguiendo los *amistosos* consejos de Carton, había ido a buscar refugio en Francia, donde habían siempre buenos caballeros aristocráticos dispuestos a comprar sus valiosos servicios con un puñado de billetes. Se dirigió al mostrador y pidió una copa que madame Defarge se apresuró a servirle. Entraron en la taberna un grupo de hombres, entre los cuales podía verse a Defarge. Barsad, al verlo, levantó la copa de coñac, exclamando:

—Salud, Jacques.

—Mi nombre es Ernesto Defarge—le respondió sobriamente el interpelado.

—¿Defarge? ¿No estuvo usted al servicio del doctor Manette?

Al recibir una respuesta afirmativa, Barsad continuó explicándose:

—Lo conocí en Inglaterra. Tiene una hija encantadora y una nietecita.

—¿Una nieta?—inquirió Defarge interesado.

—Sí. Su hija se casó con Carlos Darnay. Usted debe recordarlo. Sobrino del marqués de Evremonde. De seguro que conoció usted al marqués.

—No, ¿por qué había de conocerlo?—repuso Defarge.

—¿No recuerda usted que cuando asesinaron al marqués, hace algunos años, el asesinato fué aplaudido en todo ese barrio, Jacques?

—Usted se equivoca al llamar Jacques a mi marido—repuso madame Defarge seriamente—. Se llama Ernesto. ¿No cree usted que cada persona debe ser nombrada por su propio nombre... Barsad?

Barsad, que estaba muy lejos de ser un valiente, se alarmó al descubrir que su nombre era conocido allí. Apuró precipitadamente la copa de coñac, masculló una excusa y salió en el acto de la tienda.

—¿Tú crees que pueda ser cierto lo que dijo de la señorita Manette? ¿Es posible que se haya casado con un sobrino del verdugo de su padre?—inquirió Defarge dirigiéndose a su esposa.

—Como lo dijo él, probablemente es falso—replicó madame Defarge.

—Pero si no lo fuese... por el bien de esa joven, ¡ojalá que el destino no le permita volver a Francia ni a ella ni a su esposo! No puedo comprender cómo le permitió el doctor casarse con un Evremonde.

—El doctor puede tal vez perdonarle y olvidar. Pero yo, ¡nunca! La sangre de mi inocente hermana,

deshonrada por un Evremonde, ha de caer sobre todos los de su raza.

* * *

En Londres, en el apacible hogar del doctor Manette, conversaban algunos amigos sentados en la mesa del comedor. Lucía acababa de subir al dormitorio a acostar a su hijita, la pequeña Lucy, fruto de sus amores con Carlos Darnay. Hablaban de la amenazadora situación en Francia.

—Yo no puedo creer que haya terror — decía Carlos Darnay—. Tengo fe en la cordura y el buen sentido del pueblo francés.

—Lo malo es que los aristócratas no se han mostrado bastante enérgicos — opinó Stryver—. Debieron haber colgado a unos cuantos bribones y la revolución no habría estallado.

—Este es el criterio que nos costó las colonias norteamericanas— hizo observar Sydney Carton.

—¡Por Dios, Carton! No encuentro ninguna analogía entre una cosa y otra. Perdimos las colonias porque cayeron bajo la influencia de ese advenedizo de Wháshington.

—Con el tiempo, Stryver, este “advenedizo de Wháshington”, será más honrosamente recordado que Jorge III—repuso Sydney gravemente.

Miss Pross llegó a tiempo para cortar la conversación. Venía a decir a Carton que la niñita no quería dormirse sin darle las buenas noches.

El rostro de Carton se animó. Se levantó inmediatamente y sin añadir palabra abandonó el comedor.

—No creo tener derecho a mezclarme en asuntos ajenos—hizo observar el señor Lorry que era también de los invitados—, pero en su lugar yo no permitiría que un sujeto como Carton se familiarizara demasiado con un hijo mío.

—¡Bah! Carton es un hombre honrado y un excelente amigo, a pesar de sus palabras mordaces y de su extremada afición a la bebida. Lucía le estima mucho y yo lo aprecio también. En cuanto a nuestra hijita siente hacia él una adoración sin límites — repuso Darnay.

La madre de la niña estaba inclinada sobre la cunita de su hija cuando vió entrar a Carton.

—Chist—le advirtió llevándose un dedo a los labios—. Estaba empuñada en no dormirse sin darle a usted las buenas noches, pero el sueño la ha rendido. Usted es su favorito, Sydney.

—Y ella es mi favorita. ¿Sabe usted por qué, Lucía? Porque me acepta tal como soy, sin criticarme. Lucía sonrió. Se encaminó al

balcón del dormitorio seguida por Carton.

—A veces los buenos amigos son los que critican—dijo con voz dulce.

—Cuando hay esperanzas de enmienda... pero en cuanto a mí el caso es desesperado.

—No lo creo, Sydney.

Hubo una corta pausa. Sydney, que había estado mirando ávidamente a Lucía desvió ahora sus ojos para fijarlos en la ventana y en voz queda, murmuró:

—Una vez... cuando la conocí, cuando su presencia evocó en mí recuerdos y sentimientos que creía extinguidos para siempre, sentí el deseo repentino de comenzar una vez más, de luchar por un porvenir, de recobrar la ambición y la dignidad perdidas... ¡Oh, aquello fué un sueño, un sueño nada más! Pero usted me lo inspiró.

—¿No puedo esperar que se convierta algún día en realidad?

—Me temo que no, pero aunque así sea le estaré agradecido eternamente por habérmelo sabido inspirar. Sólo le pido una cosa. Lucía. Que cuando piense usted en mí piense en alguien que...

Callaron ambos. Los dos se sentían profundamente emocionados. Carton había hablado con el corazón y esto no sucedía a menudo.

Acababa de revelar el secreto de su amor y aunque Lucía lo conocía desde hacía mucho tiempo, no podía menos de experimentar un sentimiento de gratitud hacia aquel hombre al que se sentía unida por los lazos de la amistad y el afecto. La joven colocó suavemente la mano sobre el hombro de Carton.

—¡Nunca abandonaré las esperanzas que tengo puestas en usted, Sydney, nunca!—dijo dulcemente.

—Se lo agradezco, Lucía, y a cambio de todo lo que me ha dado usted, a cambio de este afecto que me profesa, yo puedo decirle que siempre, siempre estaré dispuesto a cualquier sacrificio por usted y por los suyos. No olvide que daría gustoso la vida por salvar la de las personas que usted ama.

—Gracias, Sydney—repuso ella con voz trémula—. Dios quiera que nunca sea necesario.

El estallido de un trueno ahogó sus palabras. Se estaba desencadenando una furiosa tormenta, y los transeúntes corrían en busca de albergue.

—Mire a la multitud que corre escapando a la tempestad — dijo Carton cerrando la ventana.

—A veces, cuando estoy sentada aquí, en noches tempestuosas como ésta y veo correr a la gente, me

parece como si la multitud fuera a invadir nuestra casa, nuestra vida, la vida de nuestro hogar.

—¡La turbamulta!—repuso Car-

ton pensativo—. Tal vez tenga usted razón. ¡Tal vez un día invada nuestra vida en uno de sus furiosos arrebatos!

¡A LA BASTILLA!

Las palabras de Carton estaban resultando proféticas. En París, las turbas oprimidas y miserables, se disponían a invadir la vida de sus tiranos en uno de aquellos furiosos arrebatos de que había hablado Sydney.

El pueblo tenía hambre y pedía pan, ¡pan!

Exasperado al fin por la miseria y la opresión, el pueblo de París se levantó en masa el 14 de julio de 1789. Un grito sirvió de consigna. ¡A la Bastilla! ¡A la Bastilla!, gritaron las gargantas enronquecidas. Alentada por las notas vibrantes de "Ça ira", la multitud marchó turbulenta hacia la Bastilla, símbolo de la tiranía secular. "¡Abajo la tiranía! ¡Abajo la fortaleza de su majestad el rey!", gritó la turba, desenfrenada. ¡Abajo los *aristos*!

De todos los ámbitos de la ciudad, de todos los rincones sórdidos y miserables de los barrios bajos, salieron hombres y mujeres, des-
arrapados, sucios, andrajosos, con

los rostros pálidos y siniestros. Iban armados de picas, palas, martillos, bayonetas.

Se detuvieron al llegar al puente levadizo de la gran fortaleza. Al lado opuesto de la misma aparecían en correcta formación una compañía de guardias suizos, que el rey mandara traer del extranjero, a la vez que un contingente de húsares austríacos, para intimidar a sus propios súbditos.

Exaltada por la voz de los hombres que se habían erigido en caudillos improvisados, la turbamulta avanzó hacia el puente levadizo comenzando a cruzarlo para asaltar la fortaleza. Los guardias suizos abrieron fuego, matando en aquel su primer encuentro con el pueblo, a muchos asaltantes.

Pero entonces la muchedumbre, en lugar de retroceder, prorrumpió en un clamor estridente, en un grito agudo como de bestia herida y continuó avanzando por el puente, sin que pareciera fijarse en que éste ha-

bía comenzado a ascender, en realidad para impedir con su propio peso que siguiera levantándose. Pero la tentativa era desesperada y aquellos que estaban en el puente cuando inició su ascenso, tuvieron que arrojar al suelo o cayeron al foso.

Hubo una pausa. Al cabo de algunos momentos centenares de atacantes habían cruzado el foso y ganado acceso a los muros de la fortaleza, desde donde improvisaron una escalera formando tramos con bayonetas introducidas en las hendiduras de los muros de piedra. Uno de los asaltantes trepó hasta el tope del puente levadizo y comenzó a martillar el cerrojo que lo sostenía en posición vertical. Cedió éste al fin y el puente enorme cayó rechinando sobre el foso. La multitud se precipitó sobre la estructura y avanzó al patio de la fortaleza, donde fué recibida por la metralla devastadora de los cañones suizos. A pesar de su ardoroso ímpetu, los revolucionarios no pudieron soportar el fuego y retrocedieron a través del puente en desorden.

De pronto, llegó a oídos de la multitud enardecida, los sonos de una música marcial y todas las cabezas se volvieron ávidamente hacia el lugar de donde partía el so-

nido. Vieron entonces desembocar de una calle vecina una compañía de guardias franceses, marchando hasta llegar a la explanada, delante mismo de la prisión. Las tropas nacionales se colocaron entre la Bastilla y el pueblo.

La multitud cesó el fuego y esperó en silencio. Ignoraban si los soldados franceses iban a atacarles o a hacer causa común con ellos. Algunos de los revolucionarios se preparaban ya para resistir a las tropas.

Los ojos ávidos de aquellos hombres vieron entonces como los soldados franceses emplazaban sus cañones, no hacía ellos, sino hacia la Bastilla, y a un toque de corneta, las tropas apuntaron sus mosquetes contra la fortaleza. Un segundo toque les hizo abrir el fuego contra los suizos, al mismo tiempo que tronaban las piezas de artillería descargando nutrido fuego contra los muros de la Bastilla.

¡Los guardias franceses habían hecho causa común con los revolucionarios! Una estruendosa aclamación se dejó oír cuando estos mismos soldados izaron la bandera tricolor.

Ahora era ya segura la toma de la Bastilla. Abrumados por la lluvia de balas de cañón y tiros de mosquete, los defensores de la pri-

sión secular hicieron ondear la bandera blanca. Los soldados extranjeros se rendían.

Defarge y su mujer se contaban entre los asaltantes. Una vez logrado el acceso a la fortaleza, madame Defarge ordenó a uno de los carceleros que la llevara a ella y a su esposo a la celda número 105 de la Torre del Norte. El carcelero obedeció. Los Defarge registraron la celda donde el doctor Manette había permanecido encerrado por espacio de dieciocho años. Iban en busca del documento que el anciano había dejado allí oculto, cuando la Jaquerie logró su evasión. Defarge lo halló escondido tras de un ladrillo de la chimenea. Aquel documento podía servirles de mucho.

La revolución era un hecho. De un confín a otro de Francia, el pueblo, los campesinos, las turbas hambrientas y desbocadas, secundaron el movimiento de los parisienses... Los hombres que habían traído la revolución escribieron las palabras inmortales: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

Pero, ¡ay! Antes de que el eco de este grito de paz y de amor se hubiese extinguido en el aire, el sentido de estas palabras ya se había perdido por completo.

Y fué esparcida por doquier la semilla del odio. Un aparato sinies-

tro, la guillotina, elevó su silueta fatídica y empezó a segar cabezas, cumpliendo la obra por la que fué creada, haciendo correr la sangre de los nobles.

En París, Gabelle, el antiguo preceptor de Carlos Darnay, el hombre humanitario, bueno, sensible, abnegado, por el único hecho de haber servido a las órdenes del asesinado marqués de Evremonde, fué arrestado por orden de una mujer que en pocos días se había convertido en uno de los caudillos más temibles y sanguinarios de la revolución. Madame Defarge. El y otro de los sirvientes del marqués fueron reclusos en el sótano de la tienda de vinos de la calle Saint Antoine. Gabelle fué torturado, escupido, apostrofado, llamado "lacayo de Evremonde", acusado de "haber vivido de la sangre de los aristócratas". Fué juzgado sanguinariamente, implacablemente. El antiguo preceptor de Carlos Darnay, revolvióse indignado contra las acusaciones injustas que se le hicieron.

—¡Siempre he luchado por el pueblo! Enseñe a Carlos Darnay a amar al pueblo. Preguntádselo.

Pero Carlos Darnay estaba demasiado lejos para salir en defensa del hombre injustamente acusado. En medio de las burlas de los

revolucionarios, madame Defarge, su implacable acusadora, avanzó hasta Gabelle para decirle:

—Ciudadano Gabelle. Conocemos las ideas del ciudadano Darnay. Sabemos que ha repudiado su herencia y que es amigo del pueblo. Una palabra suya podría salvaros. Sabemos que está en Inglaterra, pero si es verdad que le enseñaste a profesar estas ideas se mostrará dispuesto a volver y prestar la declaración en favor tuyo, la declaración que necesitamos para absolverte. Escríbele. Su respuesta será la prueba.

Y la mano temblorosa de Gabelle escribió una carta a Darnay, dirigiéndosela al Banco de Tellson, en Londres. La mujer que respondía por el siniestro apodo de "La Venganza", se la arrebató de las manos y su boca desdentada pronunció las palabras siguientes que eran como una sentencia:

—¡Gracias, ciudadano Gabelle, gracias por darnos la vida de otro aristócrata!

Gabelle comprendió. Comprendió que había caído en una trampa que iba a costar la vida del ser que más amaba en el mundo y, olvidado de su propio infortunio, suplicó con los brazos extendidos:

—¡Ciudadanos! Os suplico no enviéis esta carta. ¿Por qué ensa-

ñaros con Carlos Darnay, que está con vosotros, que es amigo del pueblo?

Un hombre se abrió paso entre la multitud y avanzó hacia Gabelle.

—¿Recuerdas al niño a quien el carruaje de tu amo mató unos días antes de su muerte? Aquel niño era mi hijo—dijo con rabia.

—Esto es horrible, ciudadano, verdaderamente horrible, pero te juro que ni Carlos Darnay ni yo tuvimos nada que ver con eso.

—Pues bien — continuó Gaspar como si no hubiese oído la interrupción de Gabelle—. ¡El hombre que mató a tu amo era yo! Esta es la mano que apuñaló a Evremonde.

Gabelle bajó la cabeza anonadado. ¿Qué podía decir para aplacar aquel odio, aquel deseo de venganza que palpitaba en cada una de las palabras de Gaspar? Pero la idea de que Carlos Darnay pudiera morir por su culpa, le dió fuerzas para seguir implorando.

—¡No envíen esta carta!—suplicó—. ¡Darnay es amigo del pueblo y siente sus sentimientos!

—Lo sentiría mejor entre nosotros... y tú también.

La mano de Gaspar, armada de un puñal descendió sobre Gabelle, hundiéndose en su corazón, aquel noble corazón que había palpitado al unísono con el del pueblo.

Un instante después, el maestro de Darnay se desplomaba al suelo. El odio y la venganza habían hecho caer una nueva víctima inocente.

* * *

Algunos días más tarde, en el Banco de Tellson, en Londres, Sydney Carton y su amigo Stryver se abrían paso a través de un grupo de aristócratas franceses que habiendo logrado huír de la revolución, refugiándose en Inglaterra, iban a solicitar préstamos sobre bienes abandonados por ellos en Francia.

Buscando al señor Tellson, Carton y Stryver se encontraron con Carlos Darnay, que estaba leyendo una carta, al parecer con gran interés.

—¿Está Lucía en el campo? — preguntó Carton deteniéndole—. ¿Va todo bien, Darnay?

El joven levantó la cabeza y pareció salir de su ensimismamiento.

—Sí, sí... por supuesto—repuso casi sin saludarles y apartándose inmediatamente.

Carton oyó como preguntaba a un mensajero del Banco cuándo salía la diligencia para Dover. El mensajero le contestó que dentro de media hora.

—Darnay parece muy preocupado—murmuró casi para sí mismo.

En aquel momento Tellson descubrió su presencia y fué a su encuentro.

—Como ustedes ven, estamos sitiados por solicitantes de préstamos. Jarvis Lorry se halla en París estudiando la situación. Las comunicaciones son muy lentas. ¿Creen ustedes que debemos concederles crédito?

—No, señor Tellson — repuso Stryver—. La revolución que ha estallado en Francia es una verdadera revolución y no una mera revuelta. En mi opinión las garantías que ofrecen no valen absolutamente nada.

Carlos Darnay partió aquel mismo día para Dover. Iba a Francia, impulsado por el deseo de salvar la vida de su querido preceptor y maestro, aquel hombre que le había hecho amar al pueblo y odiar el apellido de los Evremonde. La Carta de Gabelle había llegado a sus manos y su antiguo discípulo se mostraba digno de él, acudiendo a la llamada.

Al volver del campo, donde habían pasado los tres meses de verano, el doctor Manette, Lucía, su hijita y la señora Pross, encontraron en la casa una carta de Carlos. En ella les decía que había teni-

do que partir inmediatamente para París, en auxilio de su amigo y antiguo maestro Gabelle, cuya vida corría peligro.

—¡Carlos es así!—comentó llorando Lucía—. Capaz de dejarlo todo para acudir en ayuda de...

Se interrumpió al ver que su padre le miraba con ojos extraviados.

—Papá, ¿por qué me miras así? ¿Qué ha ocurrido?

El doctor Manette cerró los ojos para ocultar su trágica expresión a las miradas de su hija.

—Hija mía, debí haberte dicho antes que...

—¿Decirme qué?

—Debiera haberte dicho antes que Carlos... es de la familia de los Evremonde, sobrino del tan conocido marqués de Evremonde.

—¿El hombre que?.. Papá, ¿el mismo que?...

No pudo terminar. Un sollozo había subido a su garganta impidiéndola seguir hablando.

—Sí—repuso el anciano—, sobrino del hombre que me envió a la Bastilla.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?—reprochó su hija.

—Porque todo eso pertenece al pasado... Lo único que ahora me preocupa es el presente... y el peligro que corre Carlos. Hoy mismo oí decir que acaba de promulgarse en Francia una nueva ley declarando que la revolución tiene derecho de vida y muerte sobre todos los aristócratas que regresen a su tierra.

—¡Papá, eso es horrible! ¿Qué haremos?—inquirió Lucía horrorizada.

—No te inquietes, hija mía. Le seguiremos a Francia. Como víctima de la aristocracia seré bien recibido. ¡Qué contrastes tan amargos! Yo, la víctima de un Evremonde, debo ahora salvar la vida de otro Evremonde—repuso el doctor Manette con voz dulce.

EL ULTIMO DE LOS EVREMONDE

El padre de Lucía tenía razón en temblar por la vida de su yerno. En el largo camino de Calais a París, Carlos Darnay fué detenido en cada una de las localidades por las

que pasó, a la puerta de las barreas que los revolucionarios habían levantado en todas las villas y aldeas. Los hombres de la revolución era ahora los únicos dueños de to-

da Francia y había que inclinarse ante su mandato.

En una de las barreras cercanas a París, el guarda que pidió su pasaporte, se lo devolvió sonriente.

—¿Darnay? Sí. Pase... Evremonde—dijo recalcando el apellido Evremonde.

El joven miró nerviosamente al guardia que acababa de pronunciar su apellido materno. El guardia siguió sonriendo.

Al cerrarse la puerta de la barrera, Darnay miró instintivamente hacia atrás. Le parecía como si se hubiera cerrado tras él la puerta de una prisión y mientras más se aproximaba a París, más se acentuaba el presentimiento siniestro.

En la barrera cuarta de la calle Saint Antoine, Darnay salió de su carruaje y se dirigió a la garita donde un guarda, inclinado sobre una mesa examinó su pasaporte. Aquel guarda era Defarge.

Después de unos minutos que al joven le parecieron siglos, el guarda levantó la cabeza y sin mirar a Darnay se dirigió a un grupo de soldados que esperaban afuera.

—Lleven a ese hombre a la prisión—ordenó secamente.

—¿A la prisión? ¿De acuerdo con qué ley? —preguntó Darnay sorprendido—. ¿Por qué crimen?

—Tenemos nuevas leyes en Fran-

cia, *Evremonde*, desde que usted se ausentó... y nuevos crímenes—repuso Defarge con acento enigmático.

—¿Por lo menos me permitirá usted comunicarme con el señor Lorry, del Banco Tellson, que ahora se encuentra en París?

—No le permitiré nada. ¡Llévenselo!—ordenó rudamente.

Un cuarto de hora después, la puerta enorme de la prisión de la Force cerrábase tras de Carlos Darnay. La injusticia de los de arriba había cedido el paso a la injusticia de los de abajo.

Mientras Darnay trataba de acostumbrarse a la obscuridad de su celda, Lorry, el banquero, asomado a una de las ventanas de la habitación que ocupaba en el edificio de Tellson, en París, contemplaba una extraña escena.

Un afilador trabajaba febrilmente inclinado sobre la piedra de esmeril, suministrando cuchillos afilados y otros instrumentos cortantes a un grupo de revolucionarios que se habían agrupado en torno suyo. Entre ellos figuraban madame Defarge, "La Venganza", junto con el leñador que antes de la toma de la Bastilla frecuentaba la tienda de vinos de Defarge.

—Desde ahora no engordaremos más aristócratas en las prisiones—

chillaba madame Defarge con amenazador acento—. Les estamos alimentando y ¿acaso nos dieron ellos pan? Les sometemos a juicio y, ¿acaso nos hicieron ellos justicia?

Un coro de roncadas voces aprobó la idea. Lorry, que no había perdido una sílaba, se estremeció de pies a cabeza.

—Gracias a Dios que no está en París esta noche persona alguna querida para mí—murmuró.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando oyó que llamaban a la puerta. Acudió a abrir y casi se desmayó del susto. El doctor Manette, Lucía y miss Pross, que llevaba en brazos a la pequeña Lucy, acababan de aparecer ante sus ojos estupefactos.

—¡Lucía, doctor Manette! —exclamó Lorry—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Carlos está en París—explicó el doctor Manette.

—Ha sido arrestado —agregó Lucía echándose a llorar.

—¡Cálmese, cálmese. Lucía!

Mientras miss Pross llevaba a la niñita al cuarto de Lorry para que no se asustase con los gritos de la muchedumbre que había en la calle, Lucía se acercó a la ventana y contempló unos instantes la turba enardecida.

—Les oigo decir "A la Force"

—exclamó—. ¡Quieren matar a los prisioneros! ¡Sí, sí! ¡Quieren matarlos! ¡Matarán a Carlos! ¿Qué hacer, qué hacer, Dios mío?

—Lucía, hija mía—respondió el doctor Manette con acento persuasivo—. Si es verdad que eres una mujer valerosa debes mostrarlo ahora. Debes esperarme aquí serenamente mientras yo voy a interceder por Carlos.

—¡Pero, doctor Manette!—objetó Lorry—. ¡No es posible que salga usted a afrontar la multitud exaltada!

—¿Olvida usted que he sido prisionero en la Bastilla? Eso me da influencia entre esta gente. Amigo mío, le confío a esas dos mujeres y a la niña. Cuide de que no salgan de su casa hasta mi regreso.

Salió el doctor Manette. Lucía, traspasada de dolor, pero haciendo heroicos esfuerzos para mantenerse serena, se acercó a la ventana desde la cual podían seguirse los movimientos de la turba.

Al cabo de unos instantes vió la figura débil de su padre abriéndose paso, lenta y dificultosamente, a través del populacho.

El doctor Manette empezó a hablar en voz alta, casi a gritos y pronto sus palabras lograron cautivar la atención de la turba.

—¡Oídmelo! Soy el doctor Manette.

te, prisionero de la Bastilla. Sí, sí, ciudadanos. Allí estuve durante el tiempo de dieciocho años. Un antiguo prisionero de la odiada Bastilla os pide ahora vuestra ayuda.

Poco a poco el grupo fué creciendo. Llegó un momento en que la multitud entera escuchaba al anciano.

Cuando el doctor Manette hubo concluido se oyó gritar:

—¡Ciudadano Manette, venid con nosotros! ¡A la Force! ¡Vamos a vengar al doctor Manette! ¡Viva el prisionero de la Bastilla, el héroe de la revolución!

Y blandiendo las improvisadas armas la muchedumbre comenzó a avanzar.

Lucía vió que algunos mocetones se aproximaron al anciano levantándolo en hombros.

—¡Dios misericordioso—implo—ró en voz baja—, ten piedad de Carlos!

Sólo después de porfiar mucho rato, logró miss Pross arrancarla de la ventana y convencerla de que se retirase al dormitorio donde había acostado a su hija.

Transcurrieron las horas lentas, interminables, horas que fueron para los que esperaban, de angustia infinita. Sólo al despuntar el alba se oyeron los gritos distantes de la muchedumbre triunfante que volvía de la Force.

—No debíamos haber dejado salir al doctor—murmuró el señor Lorry al ver el aspecto siniestro del populacho que retornaba de la matanza.

—¡Mírelos, mírelos!—gritó miss Pross horrorizada—. ¡Manchados de sangre... y las mujeres también!

La vanguardia de la muchedumbre victoriosa entró por la puerta de la barrera. Algunos de los revolucionarios llevaban las cabezas de los decapitados ensartadas en picas, goteando sangre.

Lívida de espanto, miss Pross se alejó de la ventana. Lorry permaneció allí, tratando de descubrir entre el tumulto, la figura del doctor Manette.

Poco después abrióse la puerta del piso y apareció éste pálido y desgredado.

—¡Papá!—gritó Lucía corriendo hacia él con los brazos extendidos.

—¡Hija mía, Carlos está a salvo!—pudo murmurar al fin el anciano.

—¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios!... ¿Le viste? ¿Pudiste llegar hasta él?

—Vi al jefe de la prisión y le dije quién era. Puso a Carlos arriba, en la torre. Está a salvo... por el momento. Ahora debemos tratar de que lo juzguen tan pronto como sea posible. Si me permiten decla-

rar ante el tribunal estoy seguro de ganar su libertad... ¡Con la ayuda del Cielo!

* * *

Al día siguiente Lucía fué con su padre y su hijita a la calle donde se levantaba la prisión de la Force, que el día antes había sido teatro de una de las carnicerías más espantosas que vieron los siglos. Iban con la esperanza de descubrir la celda de Darnay.

—¿Crees que podrá vernos, papá?—interrogó Lucía.

—Seguramente. Lo han puesto allá arriba en la torre. La ventana de su celda es la más alta.

—Si papá nos ve, ¿por qué no baja a acompañarnos? —preguntó la niña.

—¡Oh, querida, bajará pronto, muy pronto! —repuso su madre abrazándola.

Días tras día, acudieron ambas al mismo sitio, fijando sus miradas en la misma ventana, siempre con la esperanza de ver por un instante al prisionero. Hasta que un día, la pequeña Lucy exclamó:

—Mira, mamita, allá arriba, algo blanco... Mira.

Alguien hacía señales con un pañuelo desde la ventana de la torre.

—¡Es tu padre, es tu padre!—exclamó Lucía transportada de gozo—. ¡Toma el pañuelo y contéstale!

Levantó en brazos a su hijita y ambas correspondieron al saludo. No podían distinguir cara alguna en la ventana, pero sabían que detrás de ella, detrás de aquellos hierros estaba Carlos contemplándolas con la misma mirada ávida y cariñosa con que ellas miraban hacia arriba.

Al encaminarse de nuevo a su casa pasaron junto a la casa del leñador, quien dirigió la palabra a la niñita.

—¿Otra vez paseando por aquí, pequeña ciudadana?—inquirió.

—Sí... ciudadano—repuso la niñita tranquilamente.

—Esta señora es tu mamá, ¿verdad?—siguió preguntando el hombre.

Esta vez la niña, antes de contestar se volvió hacia su madre.

—¿Le digo que sí, mamá?

—Sí, querida.

—Sí, ciudadano—repitió mecánicamente la criatura.

El leñador tenía una guillotina diminuta en la mano y se puso a jugar con ella, atrayendo la atención de la niña.

—Es mi sierra, ciudadana. La llamo mi pequeña guillotina. ¡Mi-

ra cómo funciona! Aquí viene el condenado... ¡Tra-la-la-la!... ¡Abajo la cabeza! Aquí viene su mujer. ¡Tra-la-la-la!... ¡Abajo la cabeza! Aquí viene la criatura. ¡Tra-la-la! ¡Abajo la cabeza!... ¡Toda la familia!

Lucía se estremeció. Las palabras del leñador eran trágicamente significativas. Atrajo a su niñita y continuó su camino acelerando el paso. Durante largo trecho la persiguió la carcajada maligna del hombre...

Aquel mismo día, el doctor Manette logró encontrar a Defarge, a quien había estado buscando inútilmente desde su llegada a París.

—Ustedes me ampararon una vez y ahora vengo a pedirles un nuevo servicio —dijo el padre de Lucía con voz tímida, turbado al ver la fría acogida de su antiguo y fiel criado...— Mi yerno, Carlos Darnay...

—Querrá usted decir el nuevo marqués de Evremonde—interrumpió Defarge.

—El ha preferido siempre llamarse simplemente Carlos Darnay,

y como ustedes saben, está en la prisión. Sólo por milagro pude salvarle la otra noche durante la matanza en la Force...

—Los milagros no se repiten—repuso Defarge sombríamente.

—Precisamente es eso lo que temo. Ahora bien; yo estoy seguro de la inocencia de Carlos y les ruego me presten su ayuda para acelerar el juicio.

—Haré cuanto pueda para que el nuevo marqués de Evremonde sea juzgado sin demora y se satisfagan los fines de la justicia—repuso Defarge.

—Gracias, ciudadano Defarge. Si pudiera ayudarnos prestando testimonio...

—Me será muy grato, mi buen doctor, prestar testimonio en favor de usted —respondió Defarge con un acento de ironía que pasó inadvertido por éste.

—Por segunda vez en mi vida, ciudadana—repuso Manette con voz emocionada—se gana usted mi gratitud eterna...

EL JUICIO

Defarge cumplió su promesa. Debido a sus gestiones aceleróse el juicio de Carlos Darnay, cuando

había centenares de aristócratas que esperaban como él en las lóbregas prisiones de París. Algunos días

después de la visita del doctor Manette, el joven aparecía ante el Tribunal Revolucionario.

Los cinco jueces llevaban plumas en el sombrero; este distintivo era el único que les diferenciaba del resto de los presentes. El jurado procedía de lo peor del populacho y sus miembros, como la mayor parte de los espectadores, estaban armados de puñales, bayonetas, espadas y hoces. Muchos de ellos habían traído su merienda y la devoraban despreocupadamente.

Un aristócrata estaba en la barra. El presidente del Tribunal se dirigió a él preguntándole:

—¿Ex conde d'Etournelle? ¿Téneis nada que decir en vuestra defensa?

El aristócrata estaba intensamente pálido, pero se mantenía digno y despreciativo. Fué con una entonación de sutil ironía que contestó a la pregunta del Presidente.

—Nada que pueda tener influencia sobre vosotros. Prefiero la dignidad del silencio...

Una risotada general acogió esas palabras.

—¡Culpable!—declaró el Presidente...

—Allí tendrá silencio... el silencio eterno—gritó la aguda voz de "La Venganza".

El fiscal llamó a la barra a una joven y tímida bordadora.

—Cuál es vuestro oficio?

—Soy bordadora, ciudadano.

—Se os acusa de haber mantenido públicas relaciones con Pierre Cot, quien habló de la Revolución en términos denigrantes.

—Pierre Cot era amigo mío—contestó ella—. Nos conocimos desde la niñez...

En seguida la voz enronquecida del Presidente pronunció la palabra fatal:

—¡Culpable!

Le había llegado el turno al marqués de Evremonde.

Carlos miró alrededor con ojos serenos. Su semblante se turbó, no obstante, al ver la faz angustiada de su mujer, a quien acompañaba el doctor Manette. Entre aquellos seres que tanto se amaban se cruzó una mirada...

—Se os acusa de haber violado el decreto que prohíbe bajo pena de muerte el retorno de todos los aristócratas que emigraron del país...

Carlos Darnay escuchó la acusación, impassible.

—Declaro no haber emigrado del país durante la Revolución —contestó al fin con voz firme y clara—. Por lo demás, renuncié a mi título antes de que la Revolución estallara... Había resuelto vivir de mi propio trabajo en Inglaterra y no del oprimido pueblo de Francia. Si regresé fué por salvar a un amigo

del pueblo, injustamente acusado.

El Presidente inclinóse hacia adelante mirando a Darnay.

—¿Y cómo se llama este ciudadano amigo vuestro?—preguntó con voz burlona...

—Ciudadano Gabelle...

—¿Está aquí?

—No lo sé...

—¡Ciudadano Gabelle! —llamó el Presidente.

No hubo respuesta. El ciudadano Gabelle estaba durmiendo el sueño eterno.

El Presidente llamó repetidas veces, sin que nadie contestara.

Por último habló de nuevo el Presidente:

—No está aquí... ¿Sabéis por qué no está?...

—No lo sé.

—¿Ha oído el Jurado? ¡No lo sabe! ¡El hombre a quien vino a salvar no está aquí y el acusado no sabe por qué no ha comparecido!...

Hubo una explosión de carcajadas y gritos.

—¿Tenéis algo más que alegar en vuestro favor? —interrogó el Presidente.

La voz de Carlos Darnay adquirió un acento de profunda gravedad.

—El doctor Manette hablará por mí...

El anciano abandonó su asiento y avanzó hasta la barra, en medio

de las expresiones de simpatía del auditorio.

—Doctor Manette—dijo el Presidente—. ¿Qué decís acerca del acusado?

—¡Ciudadanos!—repuso el médico, dirigiéndose al auditorio—. Todos vosotros conocéis la historia de los largos años que pasé en el cautiverio. Fuí libertado gracias a la ayuda de mis buenos amigos, los Defarge. Ciudadanos, conozco muy bien al prisionero. En estos últimos años llegamos a ser íntimos amigos. Y puedo aseguraros que sus simpatías han estado siempre por el pueblo... Carlos Darnay es un verdadero ciudadano de la República...

—Fácil es decirlo—exclamó una vez en el auditorio...

—¿Qué mejor prueba puedo daros que ésta?—exclamó el doctor Manette—. Cuando me pidió la mano de mi única hija, yo consentí con el mayor agrado. ¡Ciudadanos! Sufrí horribles torturas en la Bastilla durante dieciocho años. ¿Podría haber consentido en que mi hija se casara con un hombre cuyas simpatías estuviesen de lado de quien me había torturado?

El auditorio escuchaba en un silencio casi religioso. La claridad y precisión de su defensa impresionaron al populacho. Se oyeron algunas voces de simpatía...

—Muy poco me queda en esta

vida, ciudadanos—siguió diciendo el doctor después de una corta pausa—. ¡Bastante he sufrido por culpa de mis enemigos! ¿No tengo derecho a pedirlos algunos días de tranquilidad a vosotros que sois mis amigos a quienes debo mi libertad?

Las voces de simpatía fueron propagándose por la sala entera...

—“El anciano ha sido un mártir...” “Ha sufrido bastante...”

El doctor Manette había obrado el milagro de conmover a los revolucionarios.

Los cinco miembros del Jurado empezaron a votar uno por uno... “Inocente... Inocente... Inocente...” El doctor Manette, la víctima de un Evremonde, estaba a punto de salvar la vida de otro Evremonde. El corazón del doctor era una fuente inagotable de bondad y ternura...

De pronto se oyó una voz aguda, imperiosa, que llegaba de la galería...

—¡Un momento!...

Era madame Defarge.

El Presidente del Tribunal agitó la campanilla.

—Ciudadana, vuestra demanda es extemporánea. El Tribunal acaba de declarar inocente al acusado.

—¡Desafío el fallo!—gritó madame Defarge con voz ronca—. Yo acuso a este hombre... Evremonde, miembro de una familia de tiranos.

—¿Y vuestros testigos? —preguntó el Presidente tan pronto como se hubo calmado la tempestad de voces y protestas que habían desencadenado las palabras de madame Defarge.

—Tres—contestó ella—. Ernesto Defarge, Teresa Defarge... y el doctor Manette...

Se produjo en la sala una algarrabía enorme. Lucía, lívida de espanto, asió del brazo a Lorry, que la acompañaba. El doctor Manette se levantó indignado.

—¡Protesto! Es falso! ¿Quién se atreve a declarar que yo acuso a este hombre?

—¡Yo!—gritó madame Defarge con voz terrible—. Doctor Manette, lo habéis acusado vos con palabras de las que jamás podréis retractaros.—Y al decir esto levantó en alto una hoja de papel escrito que llevaba en la mano.—¡Mirad, ciudadanos! He aquí la historia de los sufrimientos del doctor Manette en la Bastilla... y la causa por la que fué encarcelado. Este documento fué escrito por el mismo doctor Manette en la prisión... ¡Escrito con pedazos de carbón y con ceniza mezclada con su propia sangre! El doctor Manette acaba de decirnos que pasó dieciocho años recluso en la Bastilla. Pues bien, esta carta nos revela la causa. Nos dice que

siendo joven aún, fué llamado a prestar sus servicios profesionales a una niña agonizante, deshonrada por un Evremonde. Aquella niña no había cometido otro pecado que ser una hija del pueblo y una mujer bonita... Su hermano fué apuñalado por intentar defender la honra de esta mujer. El doctor Manette describe las torturas de esos dos seres inocentes... Todo esto está escrito en este papel de puño y letra del doctor Manette, papel que fué encontrado por mí en la Torre del Norte. El secreto de la existencia de este documento nos lo reveló el mismo doctor Manette cuando estuvo recluido en nuestra casa después de su rescate.

Un griterío ensordecedor impidió a madame Defarge continuar su relato. Hubo de esperar algunos minutos a que la confusión cesara, para continuar.

—El hermano de la desventurada niña murió en manos de los mismos que causaron su deshonra—continuó diciendo la Defarge dirigiéndose al auditorio—y ella murió también. La rabia de los Evremonde porque un hijo del pueblo se había atrevido a salir en defensa de su hermana no paró ahí. Pues qué, ¿no tenían desde mucho tiempo derecho sobre las mujeres y las hijas de sus súbditos? Otros miem-

bro de la familia, humildes labriegos todos, perecieron de miseria y de hambre por culpa de la crueldad y opresión que sobre ellos ejercieron los Evremonde... Todos excepto uno... una mujer, hermana de la niña... Esta mujer vive aún... La tenéis delante de vosotros... Soy yo... ¿Quién mejor que la hermana de la víctima puede pedirnos la vida del último de los Evremonde a cambio de la vida de los suyos?...

El doctor Manette se levantó e intentó hacer oír su voz entre el ruido ensordecedor del auditorio...

—¡Os pido que me escuchéis! No he acusado ni acuso...

—¿Cómo podéis decir eso—rugió madame Defarge con un gesto de sarcasmo—cuando lo escribisteis vos mismo? Os lo leeré... leeré vuestras propias palabras, doctor Manette.

A continuación leyó el relato espantoso. Explicaba el doctor Manette cómo había sido llamado una noche a asistir a una pobre joven moribunda, deshonrada por un Evremonde. Como el hermano de la enferma había intentado vengar el agravio y había sido gravemente herido por la espada del inicuo seductor de la joven. Cómo habían muerto ambos y cómo él, el doctor Manette, había intentado hacer llegar una carta al Ministro hacién-

dole historia de los dos casos en que había intervenido. El resultado de aquel acto de "rebeldía" había sido su encarcelamiento en la Bastilla, sin someterle a juicio, encerrado como un perro...

—Por cuanto sufrí durante estos dieciocho años de encierro, yo, Alejandro Manette, en medio de mis intolerables sufrimientos, acuso a la familia Evremonde y a sus descendientes hasta el último de su estirpe..."

Una verdadera tempestad de vociferaciones y gritos de indignación acompañó el final de la lectura.

—¡Pero este joven no tuvo nada que ver con aquel drama!—dijo el doctor Manette.

Madame Defarge le miró en silencio algunos instantes. Sus ojos tenían la fiera de una pantera. Luego, señalando con un dedo al acusado, volvióse hacia los miembros del Jurado:

—¡Votad ahora, ciudadanos! —conminó.

Esta vez Darnay fué considerado culpable. La maldición del doctor Manette caía sobre una cabeza inocente... Los ciudadanos de la República demandaron la muerte del acusado. Darnay fué condenado a subir a la guillotina dentro de cuarenta y ocho horas...

* * *

Aquel mismo día llegaba a París un buen amigo de los Darnay. Sidney Carton, que apenas llegado a la ciudad, se dirigió al Banco Tellson, siendo informado por Lorry de las infructuosas tentativas hechas por el doctor Manette para salvar al acusado.

—¿Cuándo se lleva a cabo la... ejecución? —inquirió Carton sin mostrar un dolor extraordinario.

—Dentro de cuarenta y ocho horas... Me temo que todo sea ya inútil. En cuanto todo haya terminado, saldremos para Inglaterra con el doctor Manette, Lucía y su hija. Me los llevaré aunque sea a la fuerza... ¡Es imposible seguir en París ni un día más! ¡Esto es horrible, Carton, horrible! ¿Por qué no sube usted a ver a Lucía? Se alegrará mucho de verle... ¡Pobre muchacha! No parece la misma mujer de hace unos meses...

—¡Iré a verla más tarde!—aceptó Carton—. Tal vez me sea posible hacer algo por ella. Vine a París, porque me aburría en Inglaterra y quería presenciar la Revolución de cerca, para ver si aprendía algo, pero por lo que usted me asegura, no creo que sea un espectáculo demasiado divertido.

Salió Carton y se encontró con Jerry Cruncher, quien le informó de que Barsad se hallaba en París.

—¡Lo más curioso del caso es

que entra y sale de las prisiones como si fuera uno de los amos!—explicó Jerry—. ¡Va a todas partes! Es algo así como un funcionario público. Aquí entre nosotros, yo creo que sigue ejerciendo su oficio de espía allí dentro...

—¿Espía en las cárceles?—pre-

guntó Carton—. ¿Qué cárceles, por ejemplo? Porque en París hay muchas y están todas tan llenas...

—Principalmente en La Force.

—Gracias, Jerry; gracias por esos informes. Pueden serme útiles

—dijo Carton despidiéndose...

LA CARCEL DE LA FORCE

La feroz sentencia que condenaba a la última pena a Carlos Darnay, fué para Lucía, la esposa sin ventura, agudo puñal que traspasó su corazón, pero no exhaló ni un quejido. En el fondo de su alma, una voz íntima le dijo que todavía no estaba todo perdido, que todavía tenía cuarenta y ocho horas por delante antes de que se cumpliera el terrible fallo, y aquella voz le dijo también que su deber era sostener a su esposo en vez de acrecentar con las suyas sus agonías, y ante el conjuro de aquellas palabras la joven se irguió arrogante, sobreponiéndose a su dolor inmenso.

Una hora después de haberse dictado la sentencia, Lucía llegaba a la taberna de Defarge a interceder por la vida de Carlos. Iba dispuesta a arrodillarse a los pies de madame Defarge, a implorar su

misericordia... Se encontró con una mujer dura, fría, inflexible, que escuchó sus súplicas sin conmoverse.

—Aunque quisiera, nada puedo hacer por su marido. Me concede usted más influencia de la que realmente tengo.

Lucía bajó la cabeza anonadada. Comprendía que nada tenía ya que hacer allí... Al volverse hacia la puerta para salir, vió a "La Venganza" que, con su horrible sonrisa, enseñaba una guillotina en miniatura a la pequeña Lucía, que la había acompañado junto con miss Pross. La joven levantó a su hijita en brazos y salieron de la tienda. "La Venganza" les despidió con una sonrisa de su boca desdentada.

—¡Sí!... ¡Aún quedan Evremondes!—murmuró la horrible vieja

señalando a la pequeña Lucía que se alejaba por la calle...

* * *

Sidney Carton fué a visitar a Lucía aquella misma tarde en compañía de Lorry. La encontró aparentemente serena, pero en su rostro pálido, en sus ojos enrojecidos, en sus labios contraídos por un rictus de sufrimiento, se adivinaba la íntima tragedia de su alma. Carton besó respetuosamente la mano que la joven le tendía, y ambos permanecieron en silencio durante un corto intervalo.

El doctor Manette no estaba en la casa. Había ido a ver a Dantón a fin de hacer la última tentativa para salvar a Carlos.

Lucía se aferraba a esta última esperanza. El joven lo comprendió así y empezó a hablar con ella para animarla.

—Usted cree que haya esperanza... ¿no es cierto, Sidney? ¡Hace un largo rato que salió papá! ¡Qué bien ha hecho usted en venir a verme! ¿Cómo podía imaginarme que se hallara en París un amigo tan querido? Dantón puede salvar a Carlos, ¿verdad?

—Sí. Dantón puede salvarlo. Dantón no puede negar esto a un ciudadano de la República como es el doctor Manette...

Se interrumpió al ver que la joven, impaciente, se había levantado y acudido a la ventana de la casa de Lorry para ver si regresaba su padre. En este momento entraba la pequeña Lucía, quien, al ver a Carton, corrió hacia él alborozada. La nena llevaba en las manos una diminuta guillotina del tamaño de una caja de fósforos que le había dado "La Venganza".

—¿De dónde sacaste eso, Lucía? — preguntó Carton sorprendido.

—Me la dió una señora en la tienda de vinos—explicó la niña en su media lengua.

—Prossie... ¿de qué tienda de vinos habla Lucía?—inquirió Carton.

—De la tienda de los Defarge. Fuimos allí...

—¿Quiere esto decir que los Defarge vieron a la criatura?...

Miss Pross comprendió en el acto la idea que asaltaba la mente de Carton y soltó un ¡María Santísima! que hizo volver a Lucía desde la ventana preguntando:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué hablan ustedes con tanta reserva?

La oportuna llegada del doctor Manette dejó la pregunta incontestada.

—¡Papá! — gritó la joven co-

rriendo hacia él—. ¿Le has visto?
¿Has visto a Dantón?

Se detuvo horrorizada al ver que su padre, en lugar de contestarle, la miró con una mirada extraña, una mirada vaga, de expresión demente.

—¿Cómo?—inquirió el anciano.
—¿Qué nombre es ése? ¿Dantón?
¡Oh, no! ¡Mi trabajo! ¿Qué han hecho ustedes de mi trabajo?...

La mente del doctor Manette había vuelto a precipitarse en el abismo de las sombras. Lorry y Carton comprendieron inmediatamente lo que sucedía. Lucía lo comprendió también, pero no quiso creerlo, no podía creerlo. Asió a su padre de los brazos y echándose a llorar desconsoladamente gimió:

—¡Papá! ¡Papá! ¿Has visto a Dantón? ¡Fuiste a verlo, a salvar a Carlos!... ¡Papá! ¿No me reconoces? ¡Fuiste a salvar a Carlos!...

—Es inútil, querida mía—repuso Lorry separándola dulcemente del doctor Manette—. No comprendes, está momentáneamente trastornado. Lo llevaré a su cuarto...

La niña, que había presenciado la escena asustada, empezó también a llorar perdidamente gritando:

—¿Dónde está papá? ¿No dijiste que iba a regresar? ¡Quiero ver a papá, quiero ver a papá!

Hasta que miss Pross cogió en brazos a la criatura y se la llevó, luchando por reprimir las lágrimas.

Lucía miró ansiosamente a Carton y en la expresión conmisericordiosa que se leía en ellos comprendió que todo estaba perdido.

Se desplomó en un sillón, y Carton se arrodilló a su lado, trató de hablarle con palabras llenas de comprensión y de ternura, pero pronto comprendió que todo lo que pudiera decirle sería inútil. Al fin ella, levantando los ojos hacia el amigo querido, murmuró:

—¡Va a parecerme tan larga, tan larga la ausencia, Sidney! No sé si podré soportarlo. No sé si podré soportar la vida lejos de Carlos. Si al menos pudiera verlo una sola vez... ¡una sola!... Pero sus verdugos no me lo permitirán...

Entró Lorry a decir a Lucía que su padre la llamaba. La joven enjugó su llanto, dirigió a Carton una mirada de tristeza infinita y levantándose penosamente salió de la estancia.

—¡Carton! — murmuró Lorry cuando quedaron solos—. Yo he agotado todos los recursos. ¿Cree usted que sea posible hacer algo?

—¡No sé, no sé!—repuso Carton en voz baja—. Desde luego, creo... mejor dicho, estoy seguro de poder ver a Carlos aunque sea una sola vez...

—¿Verlo? ¿Cómo? ¿Y de qué serviría verlo?

—Conozco a un sujeto, un su-

jeto que puede servirme para introducirme en la cárcel de La Force. He pasado las primeras horas de la tarde con él y he concebido un plan; pero para ponerlo en práctica he de contar con usted... Señor Lorry, ¿tiene usted su pasaporte?

—Sí, pero ¿qué quiere usted hacer?—inquirió sorprendido.

—¿Puede usted salir de París cuando le plazca?

—Sí.

—Muy bien. Ellos tienen también sus pasaportes... Lucía, el doctor Manette, miss Pross y Jerry Cruncher. ¡Tendrá usted que actuar sin pérdida de tiempo!...

—¿Pero por qué? Los pasaportes son válidos en cualquier momento...

—Sí. Hasta que decidan invalidarlos. Y por lo que me ha referido usted sobre madame Defarge, estoy seguro de que serán anulados...

—¡No querrá usted decir que!...

—Los revolucionarios sospechan del doctor Manette por la actitud que asumió en el juicio de su yerno. ¡Cualquiera que simpatice con un condenado puede ser condenado a la última pena. Y para esta mujer, para esta fiera de madame Defarge, la criatura, la pequeña Lucía es una Evremonde... Créame usted. No hay tiempo que perder. To-

me usted el pasaporte del doctor y todos los demás, inclusive el mío... aquí está... y guárdelos hasta mañana...

Y al decir esto, entregó a Lorry su propio pasaporte.

—No comprendo, Carton.

—¡Haga usted lo que le digo! Confíe usted por una sola vez en la palabra de un borracho. Tenga el carruaje listo para mañana antes de las ocho de la mañana... ¡Y parta usted a las ocho en punto!

—¿Sin esperarle a usted?

—Espere usted solamente a que mi sitio esté ocupado...

Lorry miró a Carton. Empezaba a comprender, pero no se atrevía a creer que sus sospechas fuesen ciertas...

—¿Desea usted decirme algo más?—preguntó al fin, después de un corto silencio.

Carton pareció vacilar. Luego hizo un gesto negativo... Lorry se acercó a él, le tendió la mano.

—Carton...—dijo con voz emocionada.

—Lorry — repuso Carton interrumpiéndole con un ademán—. Usted ha tenido una vida larga y útil. Si echara usted una mirada retrospectiva a esa larga vida y descubriese que no había ganado ni el amor ni la gratitud ni el respeto de ningún ser humano... ello sería una

gran amargura para usted, ¿no es cierto? Pues bien, así podrá usted comprenderme. Señor Lorry, ahora va usted a prestarme su abrigo y su sombrero...

Algunas horas después, Carton esperaba a Barsad cerca de la puerta de La Force. Eran más de las tres de la mañana.

Por fin apareció el *insigne* Barsad, quien entraba y salía de la prisión como Pedro por su casa... Carton fué a su encuentro y le detuvo diciéndole en voz baja:

—Ya sabe usted lo que quiero, Barsad.

Barsad le miró con desconfianza.

—Pues ya le dije esta tarde, señor Carton, que lo que usted quiere es imposible. Nadie ha escapado jamás de esta prisión...

—Comprendo, pero hay otra cosa que puede usted hacer. Puede usted conseguir que me permitan ver al sentenciado en su celda...

—¿Y de qué le servirá verlo?

—Eso corre de mi cuenta...

—¡La verdad! — murmuró Barsad, tratando de excusarse—. ¡No me gusta mezclarme en asuntos difíciles! ¡Estos queridos ciudadanos le cortan a uno la cabeza en menos tiempo del que se emplea para decir amén!...

Carton sonrió. Acercó su rostro al rostro congestionado de Barsad

y bajando la voz dejó caer unas palabras convincentes:

—Pero, ¿por cuánto tiempo cree usted que le duraría esa cabeza sobre los hombros si yo le comunicara al Comité de Salud Pública que usted fué espía del marqués de Evremonde?...

Al oír aquello, el rostro le Barsad adquirió el color de la cera.

—¡No diga usted eso, Carton! ¡Por favor, no lo diga!—suplicó más muerto que vivo, mirando a su alrededor—. Haré lo que me pida.

Al cabo de unos momentos entraba nuevamente en la cárcel, seguido de Carton. Después de hablar en voz baja con el jefe, él y su acompañante recibieron permiso para subir a la torre a ver a Carlos Darnay. Carton, embozado hasta los ojos con el abrigo de Lorry, y con el ala del sombrero bastante baja para que no pudieran ver sus facciones, atravesó el patio y los corredores de la prisión con paso inseguro, como si estuviera ebrio. Un carcelero le detuvo en el primer piso. Después de escuchar lo que Barsad le explicaba, dijo:

—Celda número 49. Diez minutos nada más...

Carlos Darnay se hallaba en su celda escribiendo la carta de adiós supremo a su mujer. Oyó de pronto que alguien introducía la

llave en la cerradura de su celda, y un hombre entraba en ella. Inmediatamente la puerta cerróse tras de él, y entonces el visitante levantó el sombrero lo suficiente para que la débil luz de la celda iluminara sus facciones.

—¡Carton! — exclamó el joven estupefacto.

—Apuesto a que soy el último ser humano a quien usted esperaría ver, ¿no es cierto?—preguntó el recién llegado avanzando hacia el prisionero.

—No sólo no esperaba ver a usted, sino que, aun viéndole, estoy dudando. ¿Cómo ha podido llegar usted hasta aquí?

—No importa eso ahora, Darnay. Le traigo un recado de Lucía. Antes de seguir preguntándome, dígame una cosa. ¿Tiene usted el pulso firme?

—Firme lo tenía cuando usted entró.

—Pues es preciso que lo esté otra vez para que escriba lo que voy a dictarle...

Darnay, estupefacto, maravillado, aturdido, sin saber qué decir ni qué pensar, obedeció como un autómatas. Antes de empezar a escribir de nuevo, preguntó, no obstante, dirigiéndose a Carton:

—Carton, no sé lo que proyecta usted, pero puedo asegurarle que

es inútil intentar toda escapatoria. Les comprometería a todos...

—No pienso intentar ninguna escapatoria ni comprometer a nadie. Escriba...

Esta vez, el joven se inclinó sobre la mesa.

Carton empezó a dictar en voz baja. Mientras lo hacía sacó un pañuelo de bolsillo en el que vertió el líquido de una pequeña botella y lo puso cerca de la cara de Darnay.

—¿Qué es eso?—preguntó el sentenciado—. Noto un raro olor...

—¡Escriba usted! — continuó Carton impasible—. “Si no ha olvidado usted que una vez le prometí sacrificaría gustoso mi vida por usted o por uno de los suyos comprenderá que ahora dé gracias a Dios porque me permite probar mis palabras con hechos...”

Darnay, que había ido escribiendo, volvió la mirada hacia Carton y vió el pañuelo que éste tenía en la mano. Algo debió comprender, porque hizo ademán de levantarse. Demasiado tarde. Carton había aplicado su pañuelo a la nariz del joven, quien luchó débilmente durante breves segundos con el hombre que había ido allí a dar su vida por la suya. Pronto, no obstante, cesó de oponer resistencia, y un minuto después, ya completamente

inconsciente, caía de nuevo sobre la silla.

Carton procedió entonces a quitarle rápidamente sus vestidos, poniéndole en su lugar el paletó y el sombrero que él llevaba.

Cuando el carcelero permitió a Barsad entrar en la celda número 49, al término de los diez minutos, ya había concluido el cambio de prendas y Carton estaba en disposición de llevar adelante su plan.

—¿Lo ve usted? — preguntó al recién llegado, al mismo tiempo que hincando una rodilla en tierra colocaba en el bolsillo de Carlos el papel que éste había escrito—. ¿No le dije que su riesgo era insignificante?

—Mi riesgo, señor Carton, no estriba en esto, sino en que usted cumpla fielmente lo estipulado — repuso Barsad—. El señor Darnay es el número 23 y cuando vengan a llevárselo a la guillotina debe haber aquí un número 23... de lo contrario yo seré el responsable...

—El número 23 estará aquí, Barsad. Ahora llame usted a alguien para que le ayude a llevar cargado el cuerpo del señor Carton. No olvide que este joven es ahora el señor Carton... ¡No se olvide! Debe usted llevarlo a la casa del señor Lorry antes de las ocho de la mañana.

Se acercaron a Darnay, quien, con la cabeza reclinada sobre la mesa, empezaba a volver en sí. Barsad y Carton lo levantaron y pusieron en posición vertical, cuando entró el carcelero respondiendo a la llamada de Barsad.

—¿Qué ocurre? — preguntó—. ¿Se ha desmayado? Ya vi que no andaba derecho cuando vino...

—Se desmayó al saber que su amigo había sacado un premio en la lotería de la Santa Guillotina—repuso Barsad humorísticamente.

—Bueno, tendremos que cargarlo—aceptó resignado el carcelero.

Sólo cuando se hubo cerrado la puerta tras los tres hombres, se atrevió Carton a exhalar un suspiro de alivio. Miró el reloj. Eran las tres y media de la mañana. Se aproximó a la ventana para ver si el plan se llevaba a cabo sin tropiezo, pero la obscuridad era tan densa que no podía distinguir ni los edificios vecinos. Un cuarto de hora después, oyó nuevamente la voz del carcelero que llamaba desde la puerta de la celda.

—¡Ciudadano Evremonde!

Apagó la vela para que el guarda no pudiera distinguir sus facciones. Una leve claridad, la primera claridad del alba de aquel día memorable, entraba a través de los barrotes de la reja.

Mientras aquello ocurría en la prisión de La Force, durante las primeras horas matinales del día señalado para la ejecución de Darnay, un pequeño grupo de revolucionarios se reunía al amanecer en la tienda de vinos de los Defarge. La ronca voz de "La Venganza" se dejaba oír triunfante.

—¡Hoy es el día, ciudadanos! ¡Años de espera para ver morir al último de los Evremonde!

—Aún no es el último—contestó madame Defarge saludando a "La Venganza"—. ¡No es el último!...

Defarge se volvió hacia su mujer:

—¡Oh! No tienes motivo de queja contra la familia de Manette. ¡Déjalos en paz de una vez!...

—Tú serías capaz hasta de salvar a Evremonde—exclamó un revolucionario, desafiando con la mirada a Defarge.

—No —contestó el tendero— ni aun cuando no tuviera para ello más que levantar la mano; pero creo que eso basta. No debemos ir más allá...

—¿Y por qué no?—replicó el otro—. Tú siempre has dicho que debíamos exterminar las razas...

—En este caso es diferente. La muchacha...

—Sí. La mujer estaba siempre frente a la cárcel con el doctor haciéndole señas al prisionero...

—¿Cuándo?—inquirió madame Defarge.

—Todos los días...

La siniestra mujer arrojó a un lado la labor de calceta que estaba haciendo.

—¡Voy a verlo inmediatamente! gritó con voz dura—. La muerte de Evremonde les hará perder la serenidad. Si consiguen pasar la frontera, criticarán la justicia de la Revolución y de la República, y entonces...

Y sin añadir más salió en el acto de la tienda.

Al aproximarse al Banco Tellson, donde sabía se hospedaban el doctor Manette y su familia, vió un coche cargado de equipaje, guardado por dos súbditos ingleses, y ello no pudo menos de despertar sus sospechas. Deslizándose cautamente entró por la puerta del edificio en la que Lorry tenía su alojamiento. Atravesó dos o tres habitaciones. El departamento parecía desierto.

De pronto le salió al encuentro una mujer estafalaria, una mujer que, al ver el rostro de la Defarge, le hizo una mueca. Aquella mujer había estado el día antes acompañando a Lucía cuando ésta fué a la tienda de su marido para pedir por su vida. En una palabra, aquella mujer era Pross en persona que había regresado a recoger las dos últimas maletas. Al ver los equi-

pajes, madame Defarge dió media vuelta dispuesta a salir de nuevo y detener a tiempo el carruaje, pero miss Pross, que la había estado siguiendo atentamente todos sus movimientos, se colocó de un salto en la entrada, y cerró la puerta.

—¡Déjeme salir! — ordenó la Defarge imperiosamente.

—¡Nunca! Sé lo que está pasando por esa sucia cabeza de usted y no he de permitir consumir esa infamia. Gracias a Dios, estoy aquí para cerrarle el paso. ¡No saldrá usted!

—En nombre de la República...

—No la dejaré pasar. Usted ha matado a muchos seres inocentes, pero a mi niña no la tocará usted. Si quiere usted salir tendrá que habérselas conmigo que soy inglesa. ¡Mala pécora! Por fin ha encontrado quien se atreva a hacerle cara...

—¡Fuera de mi camino... o la despedazo! — rugió madame Defarge hecha una fiera...

—Pruebe usted a hacerlo. ¡Soy una súbdita británica; no daría ni dos peniques por mi propia vida, pero no le permitiré que toque a mi niña! Mientras más tiempo permanecemos aquí encerradas, más tiempo tendrá mi niña de escapar...

Ciega de rabia, la Defarge se lanzó contra miss Pross, quien tomó a su enemiga por la cintura. La

tendera hundió sus uñas en su cara, pero no logró que la soltara. Fué una terrible lucha cuerpo a cuerpo, y en el forcejeo, ambas cayeron rodando al suelo.

Pero madame Defarge iba armada, y aprovechando un instante favorable, logró sacar la pistola que llevaba oculta en su cintura. Los ojos de miss Pross descubrieron aquel movimiento, y rápida como un relámpago agarró la mano de la tabernera. El duelo entre aquellas dos Furias duró algunos minutos. Por fin, miss Pross logró desviar el cañón de la pistola, en el mismo momento en que su contrincante apretaba el gatillo. Se oyó una detonación, y el cuerpo de la Defarge cayó al suelo para no levantarse. Una mancha de sangre apareció en su corpiño.

Miss Pross, ahogando un grito de espanto, cogió las maletas y salió corriendo. Llegó al carruaje, en el preciso instante en que llegaba Carlos Darnay, aun no vuelto en sí por completo. El joven estaba todavía lo suficiente atontado para no darse perfecta cuenta de lo que sucedía... Lorry le ayudó a subir al carruaje...

—¡Vamos! ¡Partamos en el acto! — exclamó miss Pross, entrando en el coche...

Y como aquel deseo era unáni-

mamente compartido por todos los ocupantes del vehículo, el cochero hizo restallar el látigo y los caballos emprendieron veloz carrera.

Antes de pasar la última barrera en los confines de París, un guarda miró dentro del coche, contó el número de ocupantes, y luego examinó los pasaportes...

—¡Si, si, en orden! El ciudadano Manette, Lucía Manette y su hija, Jarvis Lorry, banquero, miss Pross, sirvienta... Jerry Cruncher, mensajero, Sidney Carton, abogado...

Se detuvo un instante a contemplar a este último.

—Parece enfermo — comentó al ver el rostro palidísimo de Carlos Darnay, que iba medio desmayado en el fondo del coche.

—Sí, su salud está muy quebrantada, pero el aire puro le sentará bien. Acaba de despedirse de

un amigo suyo que ha tenido la desgracia de incurrir en el desagrado de la República—repuso Lorry.

—¿Por tan poca cosa se desmaya?—comentó el gendarme burlesco—. Pueden pasar—ordenó.—Y que tengan usted buena travesía...

Los fugitivos reanudan el viaje. Van dejando atrás la ciudad, cruzan campos solitarios, corren por caminos ásperos y desiguales. Su impaciencia, su agonía es tan grande que no ven nada, en nada reparan, en nada piensan, más que en llegar cuanto antes al puerto de salvación.

Cierra la noche. Carlos comienza a volver en sí. Pronuncia palabras ininteligibles. Cree que continúa al lado de Carton...

—¡Dios misericordioso! ¡Ten lástima de los fugitivos!...

EL CAMINO HACIA LA LUZ

Entretanto, los sentenciados de La Force, elegidos para alimentar aquel día a la insaciable guillotina, fueron congregados en una vasta y sombría sala de la cárcel...

—Número 23—dijo uno de los carceleros, marcando el número en

una lista que llevaba en la mano...

Sydney Carton entró en la sala. Dirigió una mirada indiferente a su alrededor y fué a sentarse en un banco.

Al oír el número, una joven bordadora, la misma que había sido

condenada por haber sido amiga de un hombre que se atrevió a expresar su opinión en voz alta, criticando en público la Revolución, se acercó al condenado. Su rostro, bello y expresivo, tenía una dulzura de virgen.

—¡Ciudadano Evremonde!—dijo—. ¿Os acordáis de mí? Soy la bordadora a quien sentenciaron el mismo día...

—Sí—repuso Carton sin volver la cara, temeroso de que la joven le reconociera.

—Quiero pedirlos un favor, ciudadano. Cuando partamos, ¿me permitiréis ir con vos? Y al subir a la guillotina, ¿me haréis el favor de tenerme de la mano? No es por miedo... ¡Es que me siento tan sola y tan débil!... ¿Por qué hacen eso conmigo? ¿Por qué? ¿Por qué? Ningún daño he hecho — terminó, cayendo de rodillas al lado de Darnay.

De pronto, descubrió las facciones de Carton y ahogó un grito de sorpresa. Le miró sorprendida con sus grandes ojos azules fijos en los del prisionero, como si quisiera leer su secreto...

—Vos no sois Evremonde. ¿Vais a morir en su lugar?—inquirió luego en voz baja—. ¿Sois acaso su amigo?

Y como él le hiciese una señal

afirmativa, la joven asió su muñeca y le dijo, con acento inefable:

—Eso me dará valor, ciudadano. Si vos me queréis coger de la mano en el último instante, pensando en vuestro sacrificio, sabré mostrarme valiente...

—Sí—repuso Carton dulcemente—. Sí; te tendré de la mano hasta el último momento...

—¡Hasta el último momento!—murmuraron los labios temblorosos de la condenada.

Los guardias entraron en la sala. Había llegado el instante supremo, el instante de la partida hacia el viaje infinito. Una noble dama lloraba desesperadamente. Los aristócratas aspiraban indolentemente un polvo de rapé.

Uno de los guardias comenzó a llamar por sus nombres y números a los condenados. A aquellos hombres y mujeres que iban a ver la luz del día por última vez, al atravesar las calles de París camino de la guillotina.

Rebotan sobre el empedrado de las calles los vehículos de la muerte chirriando lúgubrementes. Las carretas fatídicas llevan a la guillotina las víctimas que han de ser inmoladas a su sed insaciable de sangre.

En lo alto de una escalinata espera el paso de la fúnebre comi-

tiva el espía a quien Sydney Carton convirtió en cómplice suyo para salvar la vida de Carlos Darnay. Cuando pasa la carreta que conduce al supuesto Evremonde, éste y él cambian una mirada de inteligencia. Barsad respira satisfecho. Pero en el fondo del alma de aquel hombre envilecido, la acción de Sydney Carton ha encontrado un eco, aunque muy débil. Jamás habría podido soñar que semejante acción fuera posible, y la presencia de aquel hombre en la carreta le revela aspectos desconocidos por él hasta entonces, del alma humana.

Una enorme muchedumbre llena la plaza donde deben ser decapitados los condenados. Muy cerca de la guillotina, sentados sobre una estatua ecuestre derribada por los revolucionarios, se ven a los parroquianos de la tienda de Defarge, entre ellos al leñador y "La Venganza". Al lado de ésta hay un sitio vacante, el sitio reservado para Teresa Defarge...

Mientras "La Venganza" llama a la tabernera, son descargadas las carretas. Se oye un golpe seco, rueda la primera cabeza, y las mujeres que presencian el sanguinario espectáculo, sin mirar apenas, continúan haciendo calceta, diciendo por todo comentario:

—Uno.

Van subiendo los condenados. La bordadora y "Evremonde" son los últimos. Suben juntos al tablado fatal, dándose la mano...

—No apartes tus ojos de mí—le dice Carton con voz dulce—. No mires a nadie más que a mí...

—Nada me importa mientras me sostengáis de la mano — contesta ella—. Pero cuando me soltéis... ¿Acabarán rápidamente? No sé nada de esto...

—El golpe será rápido, no tengas miedo...

—¡Valiente y generoso amigo! —murmura la niña—. ¿Me permites que te haga una pregunta? Tengo una hermana a la que quiero mucho. Si la República va a hacer realmente bien a los pobres, como dicen, mi familia no sufrirá hambre como hasta ahora. Tal vez valga la pena nuestro sacrificio... Tal vez mi hermanita llegue a cumplir muchos años, muchos... Pero entonces, ¿no me resultará muy larga la espera?

—No, hija mía. Allí donde vamos no existe el tiempo. No te parecerá largo. Es un mundo mejor, mucho mejor que este que abandonamos.

La joven entorna los ojos dulcemente...

—¡Cuánto me consuelan tus palabras!—murmura en voz baja—.

¡Soy tan ignorante! Nadie me ha hablado nunca con ese lenguaje tuyo, tan dulce y tan persuasivo. ¿Me dejas que te bese?

Carton acerca su rostro al rostro de la niña y recibe un beso que devuelve. No tiemblan sus manos al separarse.

—Tú no tienes miedo — dice ella—. Casi parece como si desearas morir...

—Tal vez es porque espero de la muerte algo que jamás logré alcanzar de la vida. Tal vez ella me otorgue un santuario en el corazón de aquellos a quienes amo. Tal vez ella me conduzca a un sosiego que nunca conocí en mi existencia...— responde Carton con voz serena.

—¡Número veintidós!—grita el verdugo.

—¡Adiós!—dice ella, mirando a Carton con expresión inefable.

Un guarda la toma del brazo. Un instante después, su cabeza ha sido segada por el filo de la guillotina. La hoja homicida ha caído sobre aquella garganta pura y blanca como la de una azucena.

—¡Número veintitrés! ¡Evremonde! ¡De prisa, de prisa!...

Carton asciende las gradas del cadalso. Sus labios exagües murmuran las palabras divinas de paz y de amor, que aprendiera en los días lejanos de su niñez y que han

permanecido dentro de su alma como en un santuario...

“Yo soy la Resurrección y la Vida. Aquél que en Mí cree, aunque haya muerto, vivirá eternamente; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás...”

Nunca rostro humano reflejó tanta calma, tanta serenidad de espíritu. Y es que el pensamiento de Carton vuela hacia los seres queridos, hacia aquellos en cuyos corazones va a erigirse un altar de agradecimiento que transmitirán a sus descendientes. Piensa en los labios amados que murmurarán su nombre con la unción religiosa con que pronuncian el nombre de un santo. Piensa en aquellos ojos que llorarán amargamente por él, aun mucho, mucho tiempo después de haberse muerto... Ve las inocentes y tiernas manitas de la pequeña Lucy juntándose en una plegaria emocionada, por el salvador de su padre...

Redobla el tambor, y la guillotina se desploma sobre el cuello desnudo de un hombre que sabe morir con bravura. Al descender la cuchilla, las mujeres que hacen calceña alrededor del cadalso se detienen un instante y cuentan:

—Veintitrés...

FIN

SHIRLEY TEMPLE en sus aspectos más atractivos de su vida de artista.



Colección de postales
de SHIRLEY TEMPLE
(Serie corriente) 30 cts.

Gracia
Simpatía
Gentileza
Picardía
Ternura



El mejor re-
cuerdo de
esta diminuta
«gran»
estrella lo
tendréis co-
leccionando
las publica-
ciones que
os ofrecen
EDICIONES
BISTAGNE



Colección de postales
de SHIRLEY TEMPLE
(Serie Rosa) 30 cts.



Insignia del
Club SHIRLEY TEMPLE
(Tiene 4 colores)